

ESTACION en las ESTRELLAS

LOUIS G. MILK

Estación en las estrellas

LOUIS G. MILK

Estación en las estrellas

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Portada: S. FABÁ

Dep. Legal: B. - 11865 -1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

El hombre corría a toda velocidad por la llanura, pero no a pie, sino montado en un automóvil eléctrico, de grandes ruedas tipo balón, a fin de absorber mejor las irregularidades del terreno. La cabina del vehículo era de tipo cupular, parcialmente descubierta en aquellos momentos, a causa de la excelente temperatura que reinaba.

Había terror en la cara del hombre, quien, de cuando en cuando, volvía la cabeza hacia atrás, para observar el desolado horizonte. Y cada vez que miraba, sentíase más cercano de la muerte.

De repente, vio delante de sí, a unos mil metros, un vehículo análogo al suyo, que rodaba en dirección contraria. Tras un primer movimiento de sorpresa, dio un golpe de volante y el automóvil giró hacia su izquierda, en ángulo de 90°.

Otro automóvil surgió repentinamente al frente, como brotado de la tierra, al hacerse visible en lo alto de una especie de duna. El perseguido viró en redondo y disparó hacia delante el vehículo, ahora en un ángulo de otros 90° con relación al primitivo y hacia su derecha.

Miró a los lados y hacia atrás. Ahora eran tres los vehículos que convergían hacia él implacablemente. Las intenciones de sus ocupantes eran fáciles de adivinar.

El hombre sudaba copiosamente, dándose cuenta de que estaba perdido. Por mucho que lo intentase, no podría escapar.

De pronto, se le ocurrió conectar la radio. Tal vez le concediesen clemencia...

— No lo dejéis escapar—sonó una voz, a través del altoparlante.

— Tiene que morir — dijo otro.

— Hemos de matarlo — anunció un tercero.

— ¡Tiene que morir! — fue el grito unánime.

El perseguido miró a todas partes, como un animal acorralado. La escapatoria era imposible.

— ¡Socorro! — gritó, a través de la radio—. Vengan a salvarme; van a asesinarme...

Sus llamadas se perdieron en el vacío, resonando patéticamente a través de la desolada llanura. De repente, vio ante sí un obstáculo natural.

Era una profundísima cortadura, de varios cientos de metros de profundidad, una gigantesca grieta que remedo extraterrestre del Gran Cañón del Colorado, zigzagueaba irregularmente a través de la planicie.

Un río corría plácidamente por el fondo, bordeado de frondosos árboles. El paisaje resultaba encantador... para quien no tuviese la vida en

peligro.

El perseguido detuvo su vehículo, sin saber qué hacer. Los otros refrenaron parcialmente su marcha.

Reinaba un silencio absoluto. El perseguido saltó al suelo.

Los otros automóviles se le acercaron inexorablemente.

Levantó las manos, pidiendo gracia. Quiso escurrirse a un lado, pero el piloto de uno de los vehículos le cortó el paso con una hábil maniobra.

Los otros le imitaron, de modo que el perseguido no tuvo otro remedio qué retroceder lentamente, sin hallar el menor resquicio por donde escapar. Una o dos veces elevó las manos y chilló pidiendo gracia, pero sus demandas no fueron atendidas por aquellos hombres de rostros carentes de expresión.

Lenta, pero inexorablemente, el perseguido fue acercándose al precipicio. Las lágrimas bañaban sus ojos.

— Pero ¿qué os he hecho yo? Érais mis amigos..., siempre lo fuisteis... Vinimos juntos a Harramond... Tened piedad de mí...

No obtuvo respuesta. En los ojos de los tres individuos se veía claramente la determinación de llegar hasta el fin.

El pie derecho del perseguido se apoyó en una piedra medio suelta, situada en el borde. La piedra se desprendió y saltó al abismo.

Se oyó un agudo chillido. El perseguido braceó frenéticamente, intentando conservar el equilibrio perdido.

Por un momento, pareció que lo iba a conseguir. La rueda de uno de los automóviles perseguidores le tocó de pronto en una pierna.

La boca del perseguido se abrió para emitir un alarido de indescriptible terror. Cayó hacia atrás y empezó su trágico vuelo hacia la muerte que aguardaba a cientos de metros más abajo.

Una diminuta figurilla, rota y ensangrentada, quedó inmóvil sobre el verde césped que bordeaba el río.

Los tres perseguidores cambiaron una mirada de inteligencia.

— Hemos cumplido nuestro deber — dijo Francisco Bail.

— Sí — contestó «Yuma» Crandall.

— Sí — repitió André Gerlac.

Los tres sonrieron, pero era más bien una sonrisa interior, como si alguien invisible les hubiese enviado un inaudible mensaje de aprobación por la acción que acaban de realizar.

* * *

El fiscal, Ramón Mored, carraspeó y dijo:

— En cuanto a este Ministerio concierne, su labor puede darse por terminada. Señoría. La culpabilidad de los tres acusados ha quedado

suficientemente establecida y rechazo de antemano cuanto alegatos pueda presentar el defensor...

El mazo del juez golpeó la mesa.

— El fiscal acaba de decir algo que no es de su competencia. Rechazar los alegatos del defensor no es lo mismo que rebatirlos, y su aceptación o admisión compete únicamente al juez y al jurado — advirtió severamente —. Si el fiscal ha terminado su informe, limítese a anunciarlo con la mayor brevedad, sin pronunciarse antes sobre la opinión de quienes tienen que juzgar el caso.

— Ruego a su Señoría que me dispense — pidió Mored—. Admito la impertinencia de mis palabras, pero declaro también que la culpabilidad de los acusados está suficientemente probada para que no haya dudas a la hora de emitir el veredicto.

El juez hizo un gesto con la cabeza.

— Muchas gracias, señor fiscal — contestó —. El señor defensor tiene ahora la palabra.

Tony Vyavaz se puso en pie y miró un instante a los tres acusados, que permanecían en sus asientos, silenciosos, pálidos, con la mirada perdida en el infinito, como ausentes del acto que se estaba celebrando. Luego se enfrentó con el juez.

— Señoría, mi distinguido colega, el fiscal Mored, ha dicho que la culpabilidad de los acusados está más que probada — habló con voz serena y bien modulada—. El fiscal habrá de permitirme que disienta de su opinión... o las autoridades de Villex, de Harramond, no habrían renunciado a su derecho de juzgar a los acusados, en favor de un tribunal terrestre.

»Los acusados, ciertamente, han admitido que dieron muerte a la víctima mencionada en las actas del proceso. Pero una confesión sin pruebas no puede ser admitida en éste ni en ningún tribunal, a menos que sea corroborada por declaraciones de testigos presenciales, que no existen en el presente caso, o porque el propio tribunal practique las pruebas periciales suficientes para emitir un veredicto de justicia irreprochable.

Todos los asistentes al juicio se quedaron con la boca abierta al oír aquellas palabras. Impasible, Vyavaz continuó:

— Por tanto, y porque ello se ajusta a derecho, ruego a su Señoría se sirva ordenar sea practicada una investigación sobre el terreno, con testigos nombrados voluntaria y expresamente, quienes luego informarán al nuevo jurado que vea el caso de una manera definitiva.

El juez parpadeó.

— ¿Sugiere el letrado defensor que hemos de trasladarnos a Harramond para celebrar el juicio allí? — preguntó.

— Eso mismo es lo que he querido decir, Señoría — respondió Vyavaz.

— ¡Protesto! —dijo el fiscal—. Los hechos cometidos por los acusados han quedado suficientemente probados...

El juez levantó una mano.

— Su afirmación es un tanto aventurada, fiscal — atajó la vehemente protesta.

— Y si la víctima murió, no olvidemos que fue a consecuencia de una caída — dijo Vyavaz—. Ciertamente, los acusados admiten haber sido culpables de su muerte, pero no han presentado prueba alguna irrebatible de que haya sido así. Por ello insisto en el traslado del tribunal a Harramond.

El juez se mordió los labios un instante.

— Será preciso nombrar delegados, con carácter de testigos, cuyas posteriores declaraciones, al ser formuladas bajo juramento acondicionado, tendrán validez de prueba legal — dijo.

— Es precisamente lo que deseo, Señoría — manifestó el defensor.

Mored hizo un encogimiento de hombros.

— En medio de todo, la petición de mi colega está ajustada a la ley — manifestó—. No opondré objeciones al traslado de este tribunal a Harramond.

— Gracias, señor fiscal — manifestó el juez —. Alguacil, llévese a los arrestados.

— Sí, Señoría.

El juez se puso en pie.

— La sesión se suspende hasta el momento en que este tribunal considere pertinente reanudarla otra vez. ¡Ujier! —llamó.

—¿Señoría?

— Disponga todo lo necesario para el viaje a Harramond de las siguientes personas: yo, el fiscal, el defensor, seis testigos jurados y los acusados, con su guardia correspondiente.

— Sí, Señoría.

A continuación el juez se volvió hacia Vyavaz.

— Desearía que el letrado defensor se trasladase unos instantes a mi despacho particular — pidió.

— Con mucho gusto, Señoría.

Momentos después, el juez y Vyavaz estaban frente a frente. El juez sonrió.

— Sin duda debe extrañarse de mi petición, abogado, pero yo sí me siento sumamente extrañado de sus deseos de comprobar los hechos en el lugar donde ocurrieron. Y como supongo que debe de tener poderosos motivos para hacerlo así, me gustaría que me los explicase con más detalle... a las siete y media, por ejemplo en el *Stardore*. Su cocina es exquisita.

— Será un placer, Señoría — accedió Vyavaz, inclinándose para tomar la mano del juez y besarla galantemente —. Me asalta una duda, Señoría — añadió.

— ¿Cuál, abogado? — preguntó el juez, sonriendo.

— El tratamiento que he de dar a su Señoría mientras cenamos.

El juez exhaló una argentina carcajada.

— Mi nombre es Katherine Hennan, pero, fuera de los actos oficiales, todos me llaman Kitty — respondió.

Capítulo II

— Me extraña su interés por llevar el juicio a Harramond, Tony — dijo Kitty a las siete y media, cuando se disponían a entrar en el *Stardore*.

El aspecto de Kitty había cambiado radicalmente. Ya no era la joven de bello rostro, pero severa expresión, que, cubierta con la negra toga del juez, había presidido las sesiones del juicio. Ahora era una mujer de radiante belleza, en la que destacaban una frondosa cabellera rojizocastaña, cuidadosamente peinada, y unos ojos rasgados, de pupilas verdosas y sonrisa llena de atractivo.

La joven vestía ahora un traje muy escotado, de color rojo vivo, con falda sumamente corta, y zapatos de tacón alto. En torno a su esbelta garganta, llevaba una sarta de perlas, y en la mano izquierda, el bolso del mismo color que el vestido.

— Se lo explicaré apenas hayamos encargado el menú, Kitty — respondió Vyavaz.

Un atento maestresala les condujo a una mesa situada en un discreto rincón del local. Anotó el pedido y mandó que les sirvieran dos combinados a la mesa, mientras en la cocina preparaban los platos ordenados.

— ¿Y bien, Tony? Sus deseos resultan más extraños, teniendo en cuenta que la víctima era hermano suyo — dijo la joven.

— Por eso mismo lo hago y, por idéntica razón, contra la opinión de muchos y el asombro de casi todos, me encargué de la defensa de los procesados, en lugar de haber solicitado el puesto de Ramón Mored — declaró Vyavaz —. Bail, Crandall y Gerlac eran muy amigos del pobre Jimmy, tan amigos, que llegaron a llamarles el grupo de «Los Tres Mosqueteros», que como usted sabe, eran cuatro.

Kitty asintió, a la vez que hacía un gesto de simpatía.

— Sí, Tony — contestó—. Se ha probado que fueron muy amigos, lo cual hace mucho más extraño el delito. Pero sus declaraciones dejan poco lugar a las dudas.

— Lo sé. Ellos afirman que mataron a Jimmy. Pero ¿por qué? Todos dicen lo mismo: «Nos lo ordenó Él». Y no han sabido decir quién es «Él» ni por qué les dio la orden de matar a Jimmy.

— Sí, resulta un tanto extraño — convino la joven pensativamente.

— Obedecieron la orden de un sujeto desconocido, cuya identidad ignoramos, así como sus motivaciones. Además, Kitty, ¿se ha fijado usted que tanto Bail como Crandall como Gerlac, en sus declaraciones, han empleado idénticas palabras?

— Coincidencia en la descripción de los hechos, Tony — explicó la joven.

— ¿De veras lo cree así? Kitty, jamás he oído a dos testigos que hayan presenciado un suceso describirlo con las mismas palabras. Usted ya conoce la prueba clásica en las escuelas de Policía o de Periodismo, ¿no?

— Sí. En plena clase, de un modo inesperado, aparece un sujeto armado, que dispara varios tiros contra el profesor, quien simula caer herido. El criminal escapa y el profesor se pone en pie, diciendo que todo ha sido una farsa y que ahora espera, de la fina percepción de sus alumnos, que le describan con todo detalle al autor de los disparos.

Vyavaz sonrió

— Justamente, Kitty. Hay quien dice que el criminal empleó una pistola de dos cañones, otros que una metralleta, no falta quien habla de un revólver de siete balas; unos dicen que el criminal eran blanco, otros que negro, se asegura que era un muchacho, se dice que era un anciano calvo o con la cabeza blanca de canas... Y hasta se ha llegado a decir que era una mujer. Nadie, nadie absolutamente coincide en la descripción del fingido criminal.

— Sí, es una prueba que da siempre resultados diferentes, a pesar de que todos han visto lo mismo.

— Bien, ahí es adonde yo quería ir a parar, Kitty. Repase las actas del proceso. En todo momento y en todo lugar, Bail, Crandall y Gerlac han empleado las mismas palabras, componiendo las mismas frases y utilizando los mismos accidentes gramaticales para componer sus oraciones. Unas declaraciones, en fin, calcadas unas de otras.

— Es un poco raro, en efecto — convino Kitty —. Sobre todo, si tenemos en cuenta que fueron declaraciones individuales y tomadas a cada uno de ellos por separado de los otros dos.

— Eso es lo que yo quería darle a entender — manifestó Vyavaz—. Si lo hicieron ellos, y parece ser que sí, no lo hicieron en su sano juicio.

Kitty se asombró.

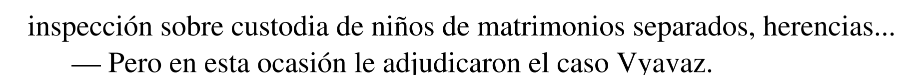
— ¿Cómo? ¿Asegura usted que mataron a Jimmy bajo la influencia de una mente extraña?

— Exactamente, Kitty — corroboró el defensor con voz firme.

* * *

— Usted es una chica encantadora — sonrió Vyavaz al terminar la cena —. ¿Cómo se le ocurrió dedicarse a la judicatura?

— Hay gustos para todo, ¿no? — sonrió Kitty—. En realidad, soy juez familiar... usted ya sabe, separaciones, disensiones matrimoniales,


inspección sobre custodia de niños de matrimonios separados, herencias...

— Pero en esta ocasión le adjudicaron el caso Vyavaz.

— Le correspondía al juez Bunson, pero se puso enfermo. Entonces pensaron que era un caso sencillo y me lo adjudicaron, tal vez para probarme — explicó ella.

— Y aceptó.

— Bien, he presidido las sesiones del tribunal — sonrió Kitty—. Resultó fascinante salirse un poco de la rutina cotidiana, aunque ello se deba, por desgracia, a la muerte de su hermano.

— Un hecho inconcebible — murmuró Vyavaz —. Ellos lo mataron, desde luego, pero ¿qué se hace cuando una persona, en estado de hipnosis, mata a otra?

— Se la declara inocente, por supuesto. Ahora bien, ¿cómo llegó usted a semejante conclusión?

— Ya se lo he dicho antes: por la amistad que unía a los cuatro. No resultaba lógico, máxime teniendo en cuenta que no había motivos para matar a Jimmy.

— Al menos, no se han descubierto.

— No eran motivos propios, Kitty. Las actas del proceso me dieron la segunda razón para creer en su inocencia. ¿Cómo era posible que los tres declararan lo mismo y con idénticas palabras?

— Sí, pero ¿quién se lo ordenó? ¿Y por qué lo ordenó?

Vyavaz suspiró mientras sacaba cigarrillos.

— Temo que eso lo habremos de dilucidar en Harramond y encontrar a «Él»—contestó.

Kitty asintió.

— De acuerdo, Tony — contestó —. Ahora comprendo sus deseos de llevar el tribunal a aquel planeta. ¿Cuál es la distancia?

— Veintiséis años luz, aproximadamente. Un par de semanas de viaje.

— Será mi primera experiencia en el espacio — sonrió ella.

— ¡Oh, los viajes interplanetarios carecen ya de emoción! Ahora se viaja con tanta sencillez y con tanta monotonía como se viajaba hace doscientos años en un tren arrastrado por una locomotora de vapor. Pero con mayores comodidades, por supuesto.

— ¿Qué sabe usted de Harramond, Tony? — preguntó Kitty.

— Simplemente, es un planeta algo mayor que Marte, menor que la Tierra, claro, bastante árido y con temperaturas extremas, tanto en invierno como en verano. Allí hay solamente una ciudad, que es más bien una estación científica y punto de aprovisionamiento y enlace para las astronaves que viajan más lejos. La ciudad se llama Villex.

— Un nombre extraño — declaró ella.

— Bueno, en un principio se iba a llamar Villa... y después un apellido.

Pero nadie se puso de acuerdo en cuál se iba a agregar a la palabra Villa y alguien la llamó Villa X. Pero esto inducía a confusión, ya que podía tomarse por Villa Diez o Décima, de modo que por medio de un proceso de contracción gramatical, quedó en Villex.

— Sí, eso lo explica todo. Tony, hemos terminado de cenar.

Vyavaz agitó una mano y pidió la cuenta.

— ¿Desea ir a alguna parte o prefiere regresar a su casa? — consultó él.

— Volveré a casa, gracias — respondió Kitty—. He de trabajar todavía un poco...

— Trabajar—se estremeció él.

— Hay que preparar el equipaje — sonrió Kitty —. No sabemos el tiempo que permaneceremos en Harramond, Tony.

— Eso sí es cierto.

El camarero trajo la cuenta. Vyavaz puso unos billetes sobre el plato y luego se levantó.

Abandonaron el *Stardore* y salieron a la calle.

— Tengo mi coche en el estacionamiento — indicó Kitty.

— Muy bien, yo vine en taxi, de modo que iré con usted hasta su casa.

De repente, un individuo se acercó a la pareja.

— ¿Es usted el juez Hennan? —preguntó.

— Sí — contestó Kitty.

— Y usted, me imagino, es el fiscal...

— No, soy el defensor Vyavaz — contestó el joven amablemente.

— ¿En qué podemos servirle? — preguntó Kitty.

El individuo dio un paso atrás. A Vyavaz le extrañó y alarmó su torvo aspecto.

— Piensan ir a Harramond, según tengo entendido — manifestó.

Kitty se irguió.

— Ése es un tema que no puede ser tratado en medio de la calle — contestó en tono frío.

— Lo mismo da — dijo el sujeto—. No irán a Harramond.

Y empezó a sacar la mano del bolsillo.

Vyavaz se dispuso a actuar. Había presentido la actitud hostil del individuo desde el primer momento y el arma que empezaba a salir al descubierto corroboró sus sospechas.

Kitty lanzó un grito de susto. El puño derecho de Vyavaz se disparó con tremenda violencia.

El desconocido fue proyectado a tres metros de la acera. Su pistola voló por los aires.

Cayó en medio de la calle, pero no había perdido el sentido y empezó a levantarse. Casi en el mismo instante, se oyó un fuerte chirrido de frenos.

El sujeto se volvió. Una expresión de pánico insuperable apareció en

sus ojos.

Quiso escapar, pero ya era tarde. El automóvil, que circulaba a buena velocidad, por el lado derecho de la calzada, lo alcanzó de lleno en un costado, lanzándolo a lo alto como si fuese un pelele de trapo y serrín.

El cuerpo del desconocido cayó sobre el techo del vehículo, rebotó espantosamente y volvió a caer sobre el asfalto. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego se quedó inmóvil. Debajo de su cuerpo, empezó a extenderse un charco de sangre.

Capítulo III

J. P. Farthiss, intendente y jefe de Policía de Villex, se detuvo unos instantes para encender su pipa, colocándose de espaldas al viento, a fin de proteger la llama del fósforo.

— Hola, J. P. — saludó un hombre en aquel momento.

Farthiss miró al sujeto por encima de sus manos.

— Hola, Kroptor — contestó.

— Parece que vamos a tener un buen día, J. P.

— No se presenta malo del todo.

Farthiss lanzó una bocanada de humo.

— ¿Cómo le va el trabajo, Kroptor?

— No puedo quejarme. ¿Qué noticias hay de la expedición Traigh?

— Por ahora, ninguna. No obstante, esperamos verlos pronto; ya va siendo hora de que vengan a aprovisionarse.

— Sí — convino Kroptor —, llevan ya demasiado tiempo fuera de Harramond. ¿Cree que encontrarán algo interesante?

Farthiss se encogió de hombro.

— No es de mi competencia, aunque lo desearía — respondió —. Usted ya sabe cuál es mi papel aquí.

— Sí — dijo Kroptor, sonriendo —; intendente, administrador y también jefe de Policía.

— No me lo recuerde, Richard — gruñó Farthiss, llamando al otro por su nombre —. He querido dimitir, pero no me lo han permitido.

— ¿Por qué no? Nadie puede estar en un sitio contra su voluntad.

— Es cierto, pero en ese caso, tendría que haber dejado los otros cargos y, lamentablemente, necesito seguir en Harramond todavía un par de años más. Necesito el sueldo, ¿sabe?

— Comprendo — dijo Kroptor.

— Le tengo echado el ojo a una granja en la Tierra, que me ha robado el corazón — comentó Farthiss melancólicamente—. Con el dinero que ahorre en otros dos años de estancia, podré comprarla y retirarme. De otro modo, ya habría enviado el cargo al infierno.

— Sí, me lo imagino. Pero usted hizo todo lo que pudo en el único caso de asesinato que se ha producido en toda la historia de Harramond.

— En la historia de los hombres procedentes de la Tierra, Richard, no lo olvide.

— ¡Bah! — dijo Kroptor—. Harramond no ha estado habitado jamás, contra lo que aseguran otros. Pero aquel caso, en efecto, resultó sumamente desagradable, aunque todo el mundo está de acuerdo en que el proceder de

usted resultó absolutamente correcto.

Farthiss dio una chupada a la pipa.

— Nunca acabé de ver claro en aquel maldito asunto—declaró—. Por eso me alegré tanto cuando recibí la aprobación para que el juicio se celebrase en la Tierra.

— Sí, claro... A propósito, ¿qué se sabe del juicio? ¿Hay sentencia? —preguntó Kroptor.

— Todavía no. Quizá sepamos algo en el boletín de las catorce.

— Es posible, en efecto. Me alegro de haberle visto, jefe.

— Lo mismo digo, Richard.

Kroptor se alejó. Farthiss movió la cabeza.

Nunca le había gustado aquel sujeto. Le parecía bajo y rastrero, y también capaz de cualquier mala acción. Se preguntó qué imbécil había tenido la idea de permitir que Kroptor viniese a trabajar en Harramond.

— ¿Para qué querrán los «tests» psicológicos, digo yo? — murmuró en tono malhumorado.

Kroptor estaba a diez o doce pasos de distancia. De repente, sucedió algo extraño.

Farthiss creyó oír un fuerte golpe. Incomprensiblemente, el cuerpo de Kroptor se elevó en el aire, girando con gran aparatosidad. Cayó hacia abajo, pero su caída pareció detenerse por un obstáculo invisible, que le hizo dar otras dos o tres vueltas sobre sí mismo.

Por último, chocó contra el suelo, rodó un poco y se quedó inmóvil, con los brazos y las piernas extendidos en una rara postura, mientras que la sangre brotaba de algunas partes de su cuerpo, especialmente la boca y de las narices.

* * *

El juez Hennan examinó con gran atención los documentos personales de la víctima del accidente.

— Se llamaba Richard Kroptor y era técnico de comunicaciones en Harramond — dijo.

— Debió de venir en él vuelo de la nave que trajo a los acusados — opinó Vyavaz.

— Eso creo yo — concordó Kitty —. Pero no entiendo por qué quiso matarnos.

— Ya he dicho a su Señoría que la muerte de Jimmy Vyavaz no es un crimen corriente. Ciertamente, lo cometieron los acusados, pero no en su sano juicio — insistió el defensor, quien, dada la ocasión, daba a Kitty su tratamiento oficial.

Había otra persona en el despacho de Kitty. Era el sargento Bralla, de la

policía judicial.

— Lo cierto es que Kroptor parecía empeñado en impedir que fuésemos a Harramond — comentó la joven.

— Y no con buenas palabras — gruñó Vyavaz—. El frustrado ataque de Kroptor corrobora mis sospechas.

— Parece que tiene usted razón, en efecto. Pero hay aquí algo que me extraña — manifestó Kitty.

— ¿De qué se trata, Señoría?

— Uno de los documentos de Kroptor es el contrato de trabajo, estipulado en dos años. Cuando se firma por ese plazo para ir a Harramond, no se dan licencias para la Tierra. ¿Cómo y quién le facilitó esa licencia?

— Sería cosa de preguntárselo al doctor Rentgraw. Creo que es el director de la estación científica de Harramond — sugirió Vyavaz.

Kitty levantó una mano.

— Quizá fuese mejor consultar con el alcalde de Villex — dijo—. El doctor Rentgraw es el director científico, en efecto, pero el alcalde de Villex es también jefe de personal y encargado de visar los contratos de trabajo y aprobar o denegar las licencias para viajar a la Tierra o a otros planetas. ¿Sargento Bralla?

— Sí, Señoría — contestó el aludido, dando un paso al frente.

— Tiene usted que realizar las siguientes gestiones: Primero, averiguar cómo, con un contrato de trabajo vigente, Richard Kroptor pudo viajar hasta la Tierra. Segundo, en qué nave llegó. Tercero, todos sus antecedentes. ¿Entendido?

Bralla terminó de anotar las órdenes en una agenda. Guardó el lápiz y saludó:

— Así lo haré, señor juez.

— Procure ser rápido, sargento.

— Sí, Señoría.

Bralla se dirigió hacia la puerta del despacho. Al salir, se cruzó con Ramón Mored.

— Buenos días, señor juez — saludó el fiscal—. Hola, Tony.

— ¿Qué tal, Ramón? — contestó Vyavaz.

— Hola, señor Mored — dijo Kitty.

— Me he enterado del incidente de anoche — manifestó Mored—. Quiero expresar mi repulsa por lo ocurrido. Deseo que se haga justicia y se esclarezca la verdad, pero repudio enérgicamente todo acto de violencia, destinado a coaccionar el imparcial veredicto del tribunal.

— Gracias — contestó la joven —. Fue un incidente desagradable, en efecto, pero ello, y a título particular se lo digo a usted, viene a confirmar las tesis del defensor.

Mored volvió los ojos hacia Vyavaz.

— Ellos admiten haber matado a tu hermano, Tony — dijo—. ¿Por qué piensas que son inocentes?

— Físicamente, no lo son; mataron a Jimmy, en efecto. Pero ¿te considerarías culpable de un crimen si lo cometieras bajo hipnosis, sometida tu mente a la de otra persona que te ordenase matar a la víctima?

Mored respingó, sorprendido.

— Por supuesto que no — contestó —. Pero no se ha demostrado todavía, un modo incontrovertible, que los acusados sean inocentes.

— Precisamente para eso vamos a ir a Harramond, para esclarecer el hecho, descubrir al verdadero culpable y administrar justicia — dijo Kitty con rotundo énfasis.

* * *

El fiscal y el defensor se encontraron de nuevo en la puerta del despacho de Kitty, veinticuatro horas más tarde.

— Hola, Ramón.

— Hola, Tony.

— Has recibido el mensaje de Kitty, supongo.

— De su Señoría — sonrió Vyavaz —. Sí, me llamó esta mañana, citándome para las diez.

— Lo mismo que a mí — concordó el fiscal.

Un ujier salió en aquel momento.

— Su Señoría, la juez Hennan, les ruega pasen a su despacho — dijo.

Los dos hombres cruzaron el umbral. Kitty se puso en pie al verles.

En aquellos momentos, como no tenía que presidir ninguna sesión en el tribunal, no llevaba puesta la toga, si bien vestía de un modo algo severo: un cerrado traje gris, con cuello y puños blancos, muy ajustado a su espléndida figura, y de falda muy corta. Debajo llevaba un pantalón, que eran más bien unas medias, del mismo tejido y color algo más oscuro.

— ¿Cómo están? — saludó —. Gracias por haber venido.

Los dos hombres correspondieron al saludo. Vyavaz observó que el sargento Bralla estaba a la izquierda de la mesa.

Kitty tomos unos papeles.

— En primer lugar, debo decirles que tengo un ayudante muy eficaz — habló sonriendo ligeramente—. El sargento Bralla ha actuado con gran rapidez y competencia y ha traído esta mañana unos informes de sumo interés para el caso que nos ocupa.

Kitty hizo una ligera pausa, antes de continuar:

— Sobre Richard Kroptor deben saber que es desconocido en la Tierra, así como suena. Imagino su sorpresa, caballeros, pero en todas las computadoras de Registro Civil no hay el menor rastro de un Richard

Kroptor, cuyos antecedentes correspondan a los de su documentación hallada sobre su cuerpo.

— Documentos falsos — opinó el fiscal.

— Seguro — añadió Vyavaz.

— Así parece — convino Kitty—. Tampoco hay antecedentes de que se le concediera una licencia para venir a la Tierra.

— ¡Pero estaba aquí! — exclamó el defensor.

Kitty arrugó el entrecejo.

— Es curioso — dijo—. Resulta más curioso todavía, porque hace dos días, a las once y veintiocho minutos de la mañana, hora de Harramond, murió un tal Richard Kroptor, técnico en comunicaciones. Esa hora corresponde justamente a las veintiuna y cincuenta y dos minutos, hora en que otro Richard Kroptor murió atropellado delante de nosotros, en la Tierra.

Vyavaz y Mored se quedaron atónitos.

— ¿Qué significa eso, Señoría? — preguntó.

— ¿No se tratará de un error? — sugirió el fiscal.

Kitty hizo un signo negativo.

— Aquí tengo la fotografía del Kroptor que murió en Harramond — dijo, poniéndola sobre la mesa—. Ha sido recibida por televisión subespacial, enviada por el alcalde de Villex.

Vyavaz tomó la fotografía.

— Es idéntico al hombre que murió atropellado — dijo.

— William Quill, el alcalde de Villex, asegura que Kroptor no se había movido de Harramond — añadió Kitty —. Pero todavía hay más, caballeros. Aquí tengo el informe de J. P. Farthiss, jefe de Policía de Villex, sobre la muerte del Richard Kroptor que estaba allí.

Kitty tomó otro papel sobre la mesa y bisbiseó algo, antes de leer en voz alta:

— «... la víctima se elevó cosa de tres metros en el aire, giró varias veces, se detuvo un instante en la caída y pareció rebotar, cayó luego al suelo, dio dos vueltas más y, al fin, se quedó inmóvil. En aquel momento, Kroptor y yo estábamos en el exterior de la población y no había ningún vehículo a menos de trescientos metros de distancia. El hecho fue presenciado también por los testigos... » — Kitty miró a sus dos oyentes —. El nombre de los testigos no importa ahora demasiado, pero el jefe Farthiss ha descrito con toda exactitud el atropello que presenciamos el abogado Vyavaz y yo.

— Es cierto — corroboró el mencionado, lleno de asombro.

— Pero aún hay más — dijo Kitty.

Tomó otro papel de encima de la mesa y añadió:

— Éste es el informe de la autopsia del doctor Kozlitch, médico de

Villex para casos corrientes. Richard Kroptor murió a consecuencia del hundimiento de la caja torácica, comprensión pulmonar, con perforación debido a tener rotas las costillas, traumatismo craneal y algunas fracturas más de brazos y piernas. El hueco frontal quedó fracturado, con salida de masa encefálica... y es un informe forense que COINCIDE ABSOLUTAMENTE CON EL INFORME FORENSE DEL MÉDICO QUE HIZO LA AUTOPSIA DEL RICHARD KROPTOR QUE MURIÓ AQUÍ, EN LA TIERRA.

Capítulo IV

— Esto va a ser mi ruina — se lamentó.

El jefe Farthiss estaba muy preocupado.

Quill, alcalde de Villex, le puso una mano sobre el hombro.

— No se preocupe, J. P. — dijo, en tono afable—. Usted no tiene la culpa de lo sucedido. Kroptor era un impostor, eso es todo.

— Sí, pero ¿cómo se concibe que un hombre resulte atropellado por un coche; a veintiséis años luz de distancia, y otro, con el mismo aspecto y la misma personalidad, muera en idénticas circunstancias, pero sin automóvil a la vista?

— Resulta un poco extraño, en efecto — admitió Quill.

— Y Kroptor, el que murió en la Tierra, quería impedir que el juez Hennan viniese a investigar. Pero si estaba aquí, y no hay duda, porque yo hablé con él y el doctor Kozlitch le hizo la autopsia, ¿cómo pudo morir también allí?

— Quizá se trataba de un doble...

— Alcalde — masculló Farthiss—, el informe forense de las dos autopsias parece calcado con papel carbón. ¿Cómo diablos se explica ese misterio?

Quill suspiró.

— No me lo explico de ninguna manera — dijo —. Ni tampoco la muerte de Jimmy Vyavaz.

— Es un asesinato completamente ilógico — calicó Farthiss —. Jimmy y los otros tres eran grandes amigos. No había rivalidades profesionales entre ellos ni tampoco amorosas...

De pronto, llamaron a la puerta.

— Pase — dijo Quill.

Una hermosa joven, de pelo negro, entró en el despacho.

— Mensaje del comandante de la expedición Traigh, señor — dijo.

— Gracias, Lola.

Quill tomó el papel. Una expresión de preocupación apareció en su cara.

— ¡Qué raro! — exclamó.

— ¿Sucede algo? — preguntó Farthiss.

— El comandante de la nave se queja de interferencias en los sistemas de control y guía subespaciales. Dice que hay numerosas interferencias y que procuremos corregirlas o se producirá algún grave accidente.

— Es la primera vez que oigo una cosa semejante — declaró el jefe de Policía—. Hasta ahora, esos sistemas habían funcionado a la perfección.

—Sí, pero no es posible dudar del capitán Köln. Su competencia está fuera de toda duda. Lola, lleve el mensaje al jefe de comunicaciones y dígale que haga todo lo posible para solucionar ese conflicto.

— Bien, señor — contestó la secretaria.

Los dos hombres quedaron solos de nuevo. Quill se puso en pie y se acercó a la ventana de su despacho. Desde allí, contempló la llanura que se perdía en el infinito hacia el este de Harramond, limitada por el lado opuesto por aquella altísima cordillera que, más que en las nubes, parecía perderse en el espacio.

— Sólo nos faltaba esto — gruñó, después de unos momentos de silencio —. Primero, el asesinato de Jimmy Vyavaz. Luego, un mismo automóvil atropella a dos hombres que parece como si jamás hubieran existido... hallándose cada uno de ellos separados por veintiséis años luz. Ahora, las complicaciones que tiene Köln para su regreso...

— El éxito de la expedición Traigh es esencial para acortar los viajes a Glavohr II — explicó Farthiss —. La nueva ruta que ellos están explorando acortará la duración de los viajes en seis meses terrestres, por lo menos.

Quill hizo un signo de asentimiento.

— Es cierto — convino —. Pero yo me siento cada día más preocupado. J. P. ¿Qué pasa en Harramond?

Farthiss suspiró.

— Ojalá el juez Hennan y sus acompañantes puedan aclarar este misterio — deseó —. Si he de serle sincero, alcalde, yo estoy hecho un puro lío y no sé cómo salir de él.

* * *

Desde las alturas, a unos pocos de miles de metros ya del suelo, Kitty contempló la única ciudad existente en Harramond.

Villex estaba emplazada en uno de los lados de la inmensa llanura limitada al Oeste por una colosal cadena de montañas, de afilados picos y laderas de pronunciada caída. La ciudad era una serie de edificios bajos, de dos plantas como máximo, con forma de cubo en su mayor parte y separados por calles trazadas en línea recta.

Había bastante arbolado, y un pequeño río, procedente de la cordillera, se deslizaba en las inmediaciones. También se veían otros edificios mayores, aunque no mucho más altos: eran almacenes y cobertizos, destinados a guardar mercancías, víveres y pertrechos para las naves que acudían a repostar a Harramond.

Las casas estaban pintadas de blanco, pero el aspecto general era más bien deprimente. Las nubes ocultaban el cielo de manera casi continua, lo

cual, en medio de todo, era una ventaja. Cuando la atmósfera se despejaba, la temperatura alcanzaba a límites increíbles, a pesar de que Villex se hallaba muy cerca del polo Norte de Harramond.

— No es un sitio bonito para vivir en él — comentó Vyavaz, situándose junto a Kitty.

— Tiene el interés estratégico de ser una estación donde se encuentran repuestos y pertrechos para las astronaves en tránsito — dijo la joven —. Una vez me lo explicó un comandante de astronave; la situación de Harramond es ideal en el espacio para los viajes interestelares.

— Vamos, algo así como una posada en una encrucijada de caminos.

— El símil es muy acertado. Yo no entiendo mucho de astronáutica, pero aquel amigo me dijo que las líneas de fuerza espacial, a través de las cuales es necesario viajar, confluyen casi todas en Harramond. De ahí el establecimiento de la estación en el planeta. El interés estratégico es, pues, evidente.

Kitty asintió. La astronave se acercaba cada vez más al suelo de Harramond. Los altavoces anunciaron a los pasajeros que debían ocupar sus lugares y aprestarse al desembarco.

Poco después, un gran ascensor bajó de la astronave, llevando a bordo varias personas, entre las cuales figuraban Kitty, Vyavaz y Mored. Cuando el ascensor llegó al suelo, tres o cuatro individuos avanzaron hacia ellos.

— Soy el alcalde Quill — se presentó uno —. Bien venido a Harramond, juez Hennan...

Vyavaz sonrió.

— Temo que se equivoca conmigo, alcalde Quill — atajó—. Yo soy solamente el defensor de los acusados, Antonio Vyavaz. El juez es la señorita Katherine Hennan, a quien tengo el gusto de presentarle, así como al fiscal Mored.

Quill y los demás se quedaron atónitos. Kitty sonrió amablemente.

— Es un placer recibir su bien venida, alcalde — declaró—. Por favor, ¿quiere presentarme a los miembros de su séquito?

Quill reaccionó.

— Ah, perdón — dijo—. J. P. Farthiss, jefe de Policía... doctor Kozlitch... el señor Finnic, jefe de Comunicaciones... Lola McGear, mi secretaria...

— Celebro mucho conocerles a todos, señorita, caballeros— dijo Kitty con voz modulada—. Imagino que conocen los motivos de mi estancia en Harramond, pero ahora acabamos de llegar y necesitamos descansar un poco. Alcalde, me gustaría celebrar una reunión con usted y con el jefe de Policía dentro de un par de horas.

— Estamos a sus órdenes, Señoría — dijo Quill —. Lola, tenga la bondad de acompañar a su Señoría al alojamiento que hemos dispuesto

para ella y sus acompañantes.

— Con mucho gusto, señor alcalde. Por favor, ¿quieren acompañarme? — indicó la secretaria, mientras miraba de reojo al fiscal.

Mored tosió ligeramente y sonrió de un modo imperceptible. Las mejillas de Lola enrojecieron de repente.

* * *

— El hecho principal se centra en un asesinato cometido aquí y del que los acusados, si bien se declaran culpables físicamente, niegan haber cometido en plena lucidez mental. Por tal razón hemos venido aquí y realizaremos todas las pruebas y diligencias necesarias, para establecer, definitiva y concluyentemente y sin la menor sombra de duda, la culpabilidad o inocencia de los procesados.

Hubo varios carraspeos de asentimiento cuando Kitty hubo terminado su corta perorata. Sentada en un rincón, Lola tomaba nota de cuanto se hablaba en el despacho.

— El hecho es sumamente extraño, Señoría — convino J. P. Farthiss—. Los cuatro hombres eran muy amigos y no se comprende muy bien cómo pudieron asesinar a Jimmy Vyavaz.

— Yo diría que no se comprende — intervino el hermano de la víctima —. A no ser que, efectivamente, estuvieran bajo hipnosis.

— Sí, pero ¿de quién? — preguntó el alcalde.

— Eso es lo que hemos venido a averiguar — manifestó Kitty —. A lo que parece, hubo un tal Richard Kroptor implicado en el caso.

— ¿Uno o dos? — objetó Mored.

— Richard Kroptor murió aquí, delante de mis narices — declaró Farthiss.

— ¿No podría tratarse de dos hermanos gemelos? — sugirió Quill—. Aquí tenemos a uno de ellos, el cual, lógicamente, no estaba obligado a decimos que tenía un hermano en la Tierra.

— En apariencia, podría ser así — dijo Vyavaz—. Pero ¿es lógico que dos hermanos gemelos usen también el mismo nombre?

— Quizás el que estaba aquí no se llamaba Richard, aunque dijera serlo — opinó el fiscal.

— Siempre afirmó llamarse Richard — aseguró Farthiss.

— ¿Qué clase de individuo era? — preguntó Kitty.

El jefe de Policía hizo una mueca.

— Personalmente, me era antipático — informó —. De un modo objetivo, diré que no hizo nunca nada fuera de la legalidad. No obstante, me parecía, es una impresión personal, desde luego, bajo, rastrero y muy capaz de cometer cualquier mala acción. Cada vez que lo veía, yo me

preguntaba para qué sirven los «tests» psicológicos que se hacen a todos los que vienen a trabajar aquí.

— Se me ocurre una idea—dijo Vyavaz—. Puede que haya mucho de leyenda, pero, indudablemente, hay una base de realidad. Me refiero a la muerte de los Kroptor. Se dice que hay o han existido hermanos gemelos tan unidos en lo psíquico, que no podían estar separados largo tiempo y que si uno fallecía de un modo violento o aunque fuese de enfermedad, el otro, aunque estuviese sano, moría también. Yo me pregunto si es esto lo que sucedió en el caso de los Kroptor.

El doctor Kozlitch levantó una mano.

— A eso contestaré yo — dijo—. Sí, el señor Vyavaz tiene un fondo de razón, aunque no en el caso Kroptor. Podría admitirse su teoría, si el que murió aquí hubiese fallecido de un colapso cardíaco, pero la forma en que murió no es natural en modo alguno. Lo vieron el jefe de Policía y algunos testigos más que estaban a mayor distancia que el señor Farthiss; y yo tuve que hacer la autopsia al cadáver y, por lo que puedo saber, presentaba el mismo cuadro de traumatismos que el que murió atropellado en la Tierra.

— Pero no había ningún vehículo en las inmediaciones cuando murió el Kroptor de Harramond — exclamó Vyavaz.

— En efecto — corroboró Farthiss —, y eso es lo que hace todavía más incomprensible el caso.

— Más incomprensible, no — corrigió Kitty —; más enrevesado, debe decirse, porque cuando se resuelva, dejará de ser incomprensible.

— En eso estoy de acuerdo, Señoría — declaró Mored—. Ahora me gustaría saber cuál va a ser el primer paso que vamos a dar.

— Se lo diré en seguida: examinar de *visu* el lugar donde murió Jimmy Vyavaz. Mañana, a las nueve, hora de Harramond — decidió la joven.

De pronto sonó un zumbador. Quill alargó la mano y dio el contacto.

— Habla el alcalde — dijo.

— Señor Quill — sonó una voz alarmada —, soy Finnic. El capitán Köln acaba de llamar y dice que se encuentra en graves dificultades.

Capítulo V

Hubo un momento de asombro en la pequeña reunión. Quill reaccionó en seguida.

— Pero ¿es que todavía duran las interferencias? — exclamó.

— Y se acentúan cada vez más, señor — dijo Finnic—. Incluso me cuesta trabajo hablar con el capitán Köln...

Afuera sonaron gritos repentinamente.

— ¡Se va a estrellar!

— ¡Elévate, elévate!

— ¡Sube, pedazo de tonto!

Todos los presentes abandonaron la sala en tropel y pasaron a otra contigua, en donde había una gran pantalla de televisión. El jefe de Comunicaciones, con sus auxiliares, se tiraba de los pelos.

— ¡Köln, arriba! — chilló Finnic.

Vyavaz contempló la pantalla, que medía unos dos metros cuadrados. La imagen de una astronave que se acercaba al suelo a demasiada velocidad era claramente visible para todos los espectadores.

Ruidos raros, mezclados con voces ininteligibles, brotaban a través de los altavoces. La imagen, en colores naturales, se reflejaba en ella con absoluta nitidez.

En el último momento, Kitty volvió la cabeza a un lado. La astronave, una impresionante mole de más de trescientos metros de altura por cincuenta de ancho, llegó al suelo con tremenda velocidad.

Hubo un fogonazo amarillento de intensísimo resplandor, que inmediatamente pasó al rojo. Chorros de fuego salieron despedidos a varios kilómetros de distancia, mientras la nave saltaba literalmente en pedazos.

Luego, una colosal nube de humo lo envolvió todo. El trueno de la explosión llegó mucho más tarde, en forma de trepidación del suelo, lo que dijo a Vyavaz que el accidente se había producido a varias decenas de kilómetros de distancia de Villex.

La consternación se abatió sobre todos los presentes. Quill, sumamente pálido, no sabía qué hacer.

Farthiss carraspeó.

— Doctor, será preciso organizar una expedición de socorro. Quizás ha quedado alguien con vida — insinuó.

Kozlitch soltó una maldición.

— No sea usted optimista — masculló—. Si esa explosión se hubiese producido en el centro de Villex, ahora no quedaría el menor rastro de la ciudad ni de sus habitantes. Cualquier persona que estuviese a menos de

seis o siete kilómetros del centro de la explosión, habría perecido instantáneamente.

— Además, el suelo estará incandescente y pasarán días antes de que se refrigere — indicó el profesor Carmel, del laboratorio de la ciudad—. Aunque sí convendrá más tarde, realizar una investigación para conocer los motivos de la catástrofe.

— Respecto a mis instrumentos, garantizo que se hallan en perfecto estado — aseguró Finnic con acaloramiento—. No sé qué le ha podido pasar al capitán Köln, pero, sea lo que fuere, rechazo de antemano toda responsabilidad.

Kitty le tocó en el hombro con una mano.

— Señor Finnic, antes de hacer una afirmación tan rotunda convendría que ordenase un repaso general a todos sus instrumentos — aconsejó.

Quill se llevó las manos a la cabeza.

— Cinco años de trabajos, tres de exploración por el espacio, miles de millones gastados... y todo se ha perdido en un segundo — dijo, muy afligido por la catástrofe.

* * *

Kitty Hennan se anudó el cordón de la bata al oír que llamaban a la puerta y abrió unos instantes después.

— Hola, Tony—dijo, sonriendo.

— ¿Puedo pasar, Kitty? Querría hablar con usted — solicitó el joven.

— Claro — accedió ella —. Siéntese y encienda un cigarrillo. No puedo ofrecerle una copa, pero si lo desea, pediré que...

— Gracias, Kitty, pero no es necesario. Se trata del accidente sufrido por la expedición Traigh.

— Una lástima — convino ella —. Han muerto cincuenta o sesenta personas y se ha perdido material por valor de miles millones.

— El material es lo de menos, con ser muy valioso. La pérdida de vidas es lo más lamentable, pero eso no es aún todo, Kitty.

La joven le miró con gesto inquisitivo. Vyavaz sacó cigarrillos y le entregó uno.

— ¿Qué es lo más importante, Tony? — preguntó ella, después de la primera bocanada de humo.

— El accidente en sí, con víctimas o sin ellas — respondió Vyavaz —. Tengo la sensación de que está relacionado con la muerte de Jimmy y de los dos Kroptor.

— ¿De veras lo cree así, Tony?

Vyavaz asintió.

— No podría explicarlo con claridad, ni siquiera sé si tengo razón, pero es como una especie de presentimiento que me dice que todo lo que sucede en Harramond de un tiempo a esta parte está relacionado entre sí. El choque de la nave contra el suelo no es lógico, si se tiene en cuenta el perfecto estado de los instrumentos de control y ayuda a la navegación, cosa fuera de toda duda.

— Eso significaría que el terror en la recepción de señales y las interferencias se producían en la nave, sobre todo.

— Justamente, Kitty; y por eso digo...

Llamaron a la puerta. Vyavaz y Kitty se volvieron al mismo tiempo.

— ¡Pase! — autorizó la joven.

Un hombre entró en el cuarto. Era de regular estatura, ojos negros y nariz aguileña, y aparentaba unos cuarenta años de edad.

— Me llamo Peter Ows — dijo —, aunque esto es algo que saben de sobra ustedes dos.

— En efecto, señor Ows — convino Kitty—. ¿En qué puedo servirle?

— Señorita Hennan, he venido a formularle una protesta —dijo Ows—. Usted no ignora que soy uno de los testigos jurados enviados aquí para formar parte del tribunal que ha de juzgar el caso Vyavaz.

— Lo sé perfectamente — dijo ella —. ¿Y bien?

— Los seis testigos jurados que hemos venido debemos estar presentes en todas las pruebas y diligencias que se efectúen en Harramond. Ustedes han celebrado hoy una reunión en el despacho del alcalde, de la cual hemos sido excluidos indebidamente. Por eso es por lo que quiero protestar, señorita Hennan.

— Temo que no haya entendido bien las obligaciones de su cargo, señor Ows — dijo Kitty fríamente —. No era una reunión oficial, en primer lugar, sino más bien de toma de posiciones, diciéndolo en lenguaje llano para que lo entienda usted.

»Su deber, señor Ows, consiste en hallarse presente en los lugares y momentos en que yo, como juez, lo disponga; ver, escuchar, callar y atestiguar posteriormente cuando se lo pidan. Pero nada más. ¿Me ha comprendido?

Ows se quedó atónito al recibir aquella reprimenda.

— De todas formas — añadió la joven —, como este Tribunal no tiene nada que ocultar, le recomiendo vaya a ver a la señorita Lola McGrear, secretaria del alcalde, quien le entregará, con mucho gusto, una copia de las anotaciones que ha tomado estenográficamente de cuanto se ha hablado en esa reunión.

Y para su tranquilidad, señor Ows, le diré que he tomado juramento a la señorita McGrear para que actúe como amanuense del Tribunal. ¿Está claro?

Ows carraspeó.

— Sí, Señoría... Le ruego me dispense, pero yo...

— Eso es todo, señor Ows — declaró Kitty con frialdad.

El testigo se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia la pareja.

— De todas formas, tengo que decir que no me parece correcto que el juez y el defensor estén conversando a solas, como vulgares conspiradores — añadió en tono venenoso.

Y salió, antes de que Kitty y Vyavaz, sorprendidos, pudieran reaccionar.

— ¡Habrase visto desvergüenza! —exclamó ella, roja como un guinda.

Vyavaz sonrió.

— Quizá tenga razón — dijo —. Debí haberle comunicado mis aprensiones en presencia de, por lo menos, Ramón Mored.

— ¿Y por qué no lo ha hecho así? — preguntó Kitty.

— Mored y Lola estaban hablando muy entretenidos en el vestíbulo y me pareció indiscreto cortarles la conversación — respondió él en tono malicioso.

* * *

Vyavaz dormía profundamente cuando, oyó un ligero tañido en el interior de su estancia.

El tintineo se repitió. Vyavaz, al final, aunque medio dormido, comprendió que se trataba del teléfono interior.

Alargó torpemente la mano y descolgó el aparato.

— Habla Vyavaz — dijo.

— Tony, soy Kitty — sonó una voz en sus oídos—. Venga, rápido, por favor.

— ¿Qué pasa? — preguntó el joven, sentándose de golpe en la cama.

— Le espero en el exterior del hotel, en la parte trasera. Vamos, dese prisa.

— Está bien, Kitty; iré dentro de cinco minutos.

Vyavaz colgó el teléfono y encendió la luz. Luego saltó de la cama y empezó a vestirse.

Mojó una toalla en agua y se la pasó por la cara. Se peinó de cualquier manera y salió de su dormitorio al pasillo.

Caminó una docena de metros. De pronto, oyó pasos en las inmediaciones.

Se preguntó si habría sereno en el hotel. Un oscuro sentimiento de aprensión le aconsejó no ser visto.

Detrás de él había una puerta. Agarró el pomo, lo hizo girar y abrió sin hacer ruido. Luego se introdujo en el cuarto, que estaba sumido en tinieblas.

Cerró, pero dejando una rendija. Un hombre se dirigió al extremo opuesto del pasillo, caminando con grandes precauciones.

Un poco más allá, se detuvo y tocó con los nudillos en una puerta, haciendo el menor ruido posible. A los pocos instantes, se abrió la puerta.

Un brazo, blanco y mórbido, emergió a la luz del pasillo, agarró la mano del hombre y tiró de él hacia dentro. La puerta se cerró casi en el acto y el pasillo volvió a quedar desierto.

Vyavaz sonrió en la oscuridad. También en Villex había romances entre parejas y se preocupaban de ocultarlos.

— Es algo tan viejo como la Humanidad — dijo para sí, y en aquel momento, sintió que le apoyaban algo duro en la espalda.

— Levante los brazos — dijo una voz —. Si se mueve, dispararé.

Capítulo VI

Vyavaz se sorprendió en el primer momento. Al mismo tiempo, una mano hizo funcionar el interruptor de la luz.

— Guarde la artillería, Kitty—dijo él—. No soy ningún ladrón.

— ¡Tony! —exclamó la joven, atónita—. Pero ¿qué hace usted en mi cuarto y a estas horas de la noche?

El joven se volvió.

— Pues, sencillamente, acudir a la cita que me ha dado usted — contestó.

— ¿Qué? ¿De dónde ha sacado semejante estupidez? — protestó ella —. ¿Cómo puede suponer que yo le citaría en mi cuarto de madrugada?

— Espere un momento — rogó Vyavaz —. Ahora que recuerdo, la cita no es en su dormitorio, sino en el exterior del hotel, por la parte posterior.

Kitty le miró con cara de extrañeza.

— Tony, ¿se encuentra bien? ¿No estará usted bajo el influjo de una pesadilla?

— Le aseguro que he oído su voz... Yo estaba dormido y usted me llamó por el teléfono interior. Entonces me levanté, dispuesto a acudir a la cita, pero oí pasos en el corredor y me refugié aquí por casualidad, ya que no deseaba ser visto. Pero puede tener la seguridad de que he recibido su llamada.

— Tony, yo no le he llamado en absoluto — declaró ella—. Estaba dormida y no padezco alucinaciones.

Vyavaz frunció el ceño.

—Es muy raro — dijo —, porque, generalmente, yo duermo bien y nunca he necesitado sedante para conciliar el sueño. Pero insisto, la llamada se produjo y yo capté su voz sin lugar a dudas.

— Insisto en que no le llamé, Tony—manifestó Kitty.

— Aquí ocurre algo raro...

— ¡Espere! —le interrumpió ella—. ¿Dónde le dijeron que iba a ser la cita?

— En la parte trasera del hotel y lo más rápido posible — contestó Vyavaz.

— Está bien. — Kitty guardó la pistolita en el bolsillo de su bata—. Vamos a ver si es cierto que se trata de una trampa.

Kitty abrió la puerta y se dirigió hacia la escalera que conducía al vestíbulo. El hotel, en Villex, era grande y no carecía de comodidades, debido a la gran cantidad de gente que desfilaba por Harramond por su especial situación en el espacio.

El vigilante nocturno estaba sentado tras el mostrador, leyendo un libro. Al ver a la pareja, se puso en pie.

— ¿Puedo servirles en algo? — consultó.

— Tengo que hacerle unas preguntas — dijo Kitty— ¿Qué tiempo lleva de servicio hoy?

— Entré a las diez de la noche y terminaré a las seis de la mañana — respondió el conserje.

— Usted controla todas las llamadas internas del hotel, ¿no es cierto?

— Sí, señorita, así es.

— Por favor, diga quién ha llamado hace menos demedia hora al número veintisiete, que es el cuarto ocupado por el señor Vyavaz.

El conserje se asombró.

—¿Al número veintisiete? — repitió—. En absoluto, señorita; nadie ha hecho esa llamada en toda la noche.

— ¡Pero yo la he oído! — exclamó Vyavaz.

Kitty extendió una mano.

— No se excite, Tony—aconsejó—. ¿Por dónde se sale a la parte posterior del hotel? — preguntó al conserje.

— Aquella puerta, señorita.

— Gracias. Venga, Tony.

Los dos jóvenes cruzaron el vestíbulo. Vyavaz abrió la puerta y se encontró en un pasillo, al final del cual había otra puerta.

Antes de salir, sin embargo, volvió a sentir aprensión.

— Kitty, su pistola, por favor — pidió.

Ella se la entregó. Vyavaz comprobó que estaba cargada y abrió la puerta. Fingió dar un paso hacia afuera, pero retrocedió en el acto.

Al mismo tiempo, dijo:

— ¡Aquí estoy, Kitty!

Una sombra se destacó en las tinieblas. Algo se movió con fuerza y golpeó contra la jamba de la puerta.

— ¡Ha errado el golpe, amiguito! —exclamó Vyavaz—. Y tengo una pistola en la mano, de modo que...

Un objeto duro y pesado voló por los aires y le alcanzó en pleno pecho, haciéndole perder parcialmente el equilibrio. Vyavaz se tambaleó, a la vez que emitía un gruñido de furia.

Alguien echó a correr hacia la oscuridad del exterior. Vyavaz, rehaciéndose, alargó la mano armada, pero se contuvo oportunamente.

— De nada servirá — masculló, enojado.

— ¿Está bien, Tony? — preguntó Kitty, con ansiedad.

Vyavaz guardó la pistola y se frotó el hombro izquierdo, donde había recibido el impacto, por fortuna de refilón, del objeto lanzado por el desconocido.

— Ha sido un buen golpe, pero nada más — contestó.

De pronto, reparó en el proyectil y se agachó para recogerlo. Lleno de asombro, se lo enseñó a la joven.

— ¿Qué le parece, Kitty? —dijo.

Ella se sintió igualmente atónita.

— ¡Cielos! ¡Es un hacha... de la Edad de Piedra! — dijo.

— Justamente — confirmó él, blandiendo el arma —. Del Paleolítico inferior, a juzgar por su más que rudimentaria construcción.

Se acercó a la jamba de la puerta y observó las huellas del primer golpe.

— Pero si me alcanza de lleno, me hubiera partido el cráneo como una cáscara de huevo — añadió.

El golpe había hundido unos centímetros el metal de la jamba. Kitty se estremeció al pensar en los, efectos de un arma como aquélla al ser utilizada contra la cabeza de una persona.

— Regresemos — dijo ella de pronto—. Tengo una idea.

— Como guste.

Volvieron sobre sus pasos. Una vez en el vestíbulo, Kitty ordenó al conserje:

— Llame al número catorce y diga al sargento Bralla que se persone inmediatamente en mi cuarto.

— Sí, señorita.

Kitty se volvió luego hacia el joven.

— Le diré que investigue — explicó —. Y, a fin de cuentas, ésa es la misión que le ha traído aquí con nosotros: investigar y presentar pruebas, que serán aceptadas o no en el momento oportuno.

— Me parece muy bien — aprobó él —. Pero se me ocurre una idea — añadió, mientras hacía saltar el arma al aire, para agarrarla por el mango, cada vez que caía, ante el asombro del conserje.

— ¿Sí, Tony?

— ¿Estará habitado Harramond por una raza de hombres prehistóricos, que no han sido avistados todavía?

La pregunta encerraba en sí un profundo misterio. Kitty se sintió incapaz de hallar una respuesta medianamente congruente.

* * *

Los vehículos se hallaban ya en la puerta del hotel, tripulados por dos miembros del cuerpo de Transportes de Villex. Vyavaz fue uno de los primeros en salir y casi en seguida apareció el fiscal.

Lola McGrear llegó a los pocos momentos. Los testigos jurados empezaron a hacer acto de presencia. Kitty no fue la última.

— ¿Hay noticias del sargento Bralla? — preguntó Vyavaz cuando vio a

la joven.

— Hasta ahora, no — respondió ella.

— ¿Sucede algo de particular? —preguntó Mored.

— Han intentado asesinarme la noche pasada — respondió Vyavaz.

— ¡Rayos! — dijo el fiscal—. Me dejas de una pieza, Tony.

— Todavía te asombrarás más cuando sepas que el arma que estuvo a punto de quitarme la vida es un hacha de piedra, como la que usaban los hombres primitivos.

— Increíble. Pero ¿por qué han querido matarte?

Lola se acercó a los dos hombres, que hablaban junto a Kitty.

— Perdón — dijo—. Falta uno de los testigos jurados.

— ¿Quién es? — preguntó Kitty.

— Peter Ows, señorita Hennan.

— ¡Ows! — repitió Vyavaz, atónito.

— ¿Lo encuentras extraño, Tony? — inquirió el fiscal.

— Anoche vino a protestar — replicó Kitty— Se quejó de no haber asistido a la reunión preliminar que se efectuó en el despacho del alcalde.

— No tenía por qué estar presente — dijo Mored.

— Fue mi respuesta, aunque le indiqué que podía pedir a Lola las copias de lo tratado, que ella tomó estenográficamente.

— Nadie me ha pedido una copia de cuanto anoté ayer en dicha reunión — manifestó la aludida.

— Se conformaría con mi respuesta — apuntó Kitty—. Pero está tardando ya demasiado...

— Iré a ver — se ofreció Vyavaz.

El joven se alejó y volvió a los pocos minutos.

— ¡No está! —dijo.

— ¿Cómo? — se asombró Kitty.

— He llamado primero a su cuarto y luego, como no contestaba, he subido a investigar. La habitación está vacía. El conserje no tiene la menor idea de los motivos de su ausencia ni tampoco le ha visto salir del hotel.

Kitty se mordió los labios.

— Está bien — dijo —. El tiempo apremia y no podemos entretenemos demasiado. ¡Señorita McGrear!

— Dígame, Señoría — contestó Lola.

— Tome nota de un modo oficial: Por ausencia de uno de los testigos jurados, el señor Peter Ows, ausencia no justificada por el momento, se da comienzo a la diligencia acordada para hoy a las nueve de la mañana.

—Sí, Señoría.

— Está bien, ya podemos subir a los automóviles.

En aquel momento sonó una voz.

— ¡Señorita Hennan!

Kitty se volvió.

— Ah, hola, sargento — contestó—. ¿Alguna novedad?

— En cierto modo, Señoría. He encontrado rastros del hombre que intentó atacar al señor Vyavaz.

— Interesante — dijo el aludido —. ¿Qué clase de rastros?

— Por supuesto, pisadas, que se notaban con mayor claridad fuera de la ciudad, en un trozo arenoso. Pero de ninguna manera pertenecían a un hombre descalzo. Utilizaban calzado corriente, como cualquiera de nosotros — declaró Bralla.

— Algunos asesinos sienten caprichos raros por el arma que emplean contra sus víctimas — dijo Mored.

— Es posible — admitió Kitty —. Bien, ¿adónde iban a parar esos rastros, sargento?

— Aquí está lo raro, Señoría — dijo Bralla—. A unos cinco kilómetros de la ciudad, en dirección nordeste, las huellas desaparecen repentinamente, como si al tipo le hubieran salido alas.

Capítulo VII

Vyavaz se asomó al profundísimo precipicio y se estremeció al pensar en el horror que debió de sentir la víctima al ser lanzada al abismo.

El río se veía más abajo como un hilo de plata. Los muros del desfiladero eran sumamente escarpados, verticales en algunos puntos, en donde la caída se produciría sin solución de continuidad hasta el fondo. Era un paisaje de belleza selvática, cuya contemplación fascinaba a todos los presentes..., pero Vyavaz no podía olvidar que su hermano había encontrado allí la muerte.

Lola explicaba a los presentes la forma en que se había producido el suceso. Kitty, Mored, Bralla y los cinco testigos jurados, entre los que había dos mujeres, escuchaban con toda atención.

Vyavaz tenía unos prismáticos en la mano, con los cuales exploraba el fondo del precipicio. ¿Era posible, se preguntó, que Jimmy hubiese muerto sin dejar alguna pista sobre las causas que habían motivado el crimen?

De pronto, creyó ver algo que no parecía lógico formase parte del paisaje. Era una chispita blanca y no daba la sensación de ser una piedra. Estaba a pocos metros del fondo, sobre un saliente rocoso.

Durante unos momentos, permaneció irresoluto. Luego concibió una idea, pero prefirió guardarla para sí.

— Bien — dijo Kitty en aquel momento —, creo que todos tenemos ya una idea de cómo se produjo el hecho. Mañana, a las nueve, interrogaremos sucesivamente a las personas más allegadas, por amistad o razones profesionales, a los protagonistas del suceso. Eso es todo, por ahora.

La reunión se disolvió. Regresaron a los vehículos.

Villex quedaba en el horizonte, apenas visible desde aquel lugar. A la derecha se veía la cordillera, casi siniestra, amenazadora con sus colosales picos, algunos de los cuales doblaban y aun rebasaban la altura del Everest terrestre.

Regresaron a la ciudad. Cada uno se fue a su alojamiento.

Vyavaz, sin embargo, no subió a su cuarto y prefirió buscar la jefatura de Transportes. Un hombre de uniforme, con galones de sargento, le atendió con toda amabilidad.

— ¿Puedo servirle en algo, señor?

— Soy Vyavaz, abogado defensor. Usted ya estará enterado de los motivos que me han traído aquí.

— Por supuesto — respondió el sargento —. Crea que sentí mucho la muerte de su hermano. Era una excelente persona y todavía, aquí, no nos explicamos por qué lo asesinaron.

— Para que todos tengamos una explicación, hemos venido unos cuantos desde la Tierra — sonrió el joven—. Pero necesito un favor, sargento.

— Sí, señor. ¿De qué se trata?

— Un propulsor individual. Quiero descender al fondo del Cañón de Río Plata.

— Muy bien, señor Vyavaz, pero permítame que le dé un consejo. Se producen muchas corrientes de aire allí y, en ocasiones, fuertes turbulencias. Si no se está atento, se corre el peligro de verse lanzado contra una de las paredes del cañón.

— Lo tendré en cuenta, sargento, muchas gracias.

— Venga por aquí, señor. Ah, mi nombre es Wranor.

— Encantado, sargento Wranor.

Los dos hombres pasaron a una habitación contigua, en donde había varios propulsores individuales. Wranor indicó al abogado que se pusiera en pie sobre una pequeña plataforma, provista de ruedas. Junto a la plataforma estaba el propulsor individual.

Wranor colocó los atalajes al joven y se los sujetó cuidadosamente.

— El aparato es muy pesado, pero totalmente seguro— explicó—. Incluso en el caso de avería del motor principal, tiene otro de emergencia que entra en funcionamiento, automática e instantáneamente, apretando el botón rojo que ve en el peto de control. No volaría mil metros con él, pero frenaría su descenso de modo que no sufriese el menor daño.

— Entiendo — dijo Vyavaz.

Una vez colocado el aparato, Wranor empujó la carretilla con su carga hasta el exterior. Al llegar afuera, soltó dos pestillos y dio una palmada en los hombros del abogado.

— Ya puede volar, señor Vyavaz — indicó.

Vyavaz sonrió. La palanca de mando sobresalía recta hacia delante y tenía un mango con el que se podía gobernar al aparato en todos los sentidos. Según la posición del mango, el propulsor se desplazaba a mayor o menor velocidad. Asimismo permitía el mando en distintas direcciones, como también los ascensos y descensos e, incluso, la inmovilización en el aire.

La vestimenta de Vyavaz era muy sucinta, debido a la elevada temperatura que reinaba de ordinario en Harramond: camisa y pantalón corto, además del calzado y un pequeño casco con visera para protegerse el cráneo. El casco llevaba incorporado un transmisor de alcance medio.

En los primeros momentos, titubeó un poco, ya que su experiencia con el propulsor era escasa. A fin de evitar accidentes, se remontó bastante, pero poco a poco, mientras avanzaba hacia el Cañón del Río Plata, fue adquiriendo práctica y a los pocos minutos se sentía seguro y optimista.

Ahora se dedicó a pensar en algunos de los problemas que le preocupaban. El ataque nocturno era uno de ellos, así como la identidad del individuo que había querido matarle con un hacha de piedra prehistórica.

Había otro problema que nadie había resuelto todavía. ¿Cómo se había desplazado Richard Kroptor hasta la Tierra?

Una investigación exhaustiva había probado que Kroptor no había viajado en ninguna de las astronaves que habían llegado a la Tierra después de la muerte de Jimmy. Pero el hecho era que había muerto allí.

Y no se podía decir que se tratase de una visión provocada por hipnosis; decenas de testigos habían visto el accidente, y era preciso añadir los policías y los de la «morgue» y el médico que había hecho la autopsia... No, no era posible sugestionar a tanta gente, por que lo Richard Kroptor II había existido realmente.

Era un misterio insoluble... por el momento, se dijo.

Ya se acercaba al Cañón. El desfiladero estaba a unos quince kilómetros de Villex. A la velocidad que llevaba, unos sesenta kilómetros a la hora, le costaría quince minutos alcanzar su objetivo.

Empezó a refrenar el ritmo de su marcha. A orillas del desfiladero había unos árboles que servían de punto de referencia.

Alcanzó los árboles, pero el desfiladero no estaba.

* * *

Vyavaz parpadeó. La confusión era imposible.

Miró hacia atrás. Había seguido un rumbo correcto. Villex se encontraba en la misma posición que cuando la vio por la mañana, durante la diligencia de reconocimiento del lugar del crimen.

Descendió muy despacio y posó los pies en el suelo. Manteniendo los motores del propulsor al «ralentí» se eliminaba el peso del aparato y el tripulante podía moverse a pie, sin esfuerzos, aunque también sin poder correr demasiado.

Avanzó unos pasos. El suelo era liso por completo, salvo las pequeñas irregularidades comunes a toda la planicie. Pero el Cañón de Río Plata había desaparecido como si jamás hubiera existido.

Dio cuatro o cinco pasos más. «¿Estoy soñando?», se preguntó.

El suelo desapareció de repente y Vyavaz se encontró en el aire, dando vueltas, a la vez que descendía con velocidad creciente.

Durante los primeros segundos de su caída, se sintió atacado de un pánico loco. Luego, la reflexión se impuso y aceleró la potencia del aparato.

El descenso se refrenó primero y luego se contuvo. Vyavaz lanzó un

suspiro de alivio.

Un fuerte chorro de aire lo proyectó hacia delante. Sólo una rápida maniobra le evitó estrellarse contra uno de los farallones.

Recordó los consejos del sargento Wranor y procuró actuar sobre los mandos de modo que pudiera contrarrestar los violentos soplos de viento que le hacían agitarse como una hoja seca. Poco a poco, perdió altura y, a medida que descendía, las corrientes de aire se hacían más débiles.

Se separó algunos metros de los escarpados y miró hacia abajo, procurando buscar con la vista aquel puntito blanco que había llamado su atención por la mañana. No tardó en encontrarlo, a unos cincuenta o sesenta metros del fondo.

Se acercó lentamente. Pronto pudo apreciar que se trataba de un trozo de papel, arrastrado por el viento y sujetado de manera casual en una pequeña hendidura. Alargó el brazo y lo sacó de su sitio, sosteniéndose inmóvil en el aire durante unos momentos.

Había algunas palabras escritas en el papel, pero lo que más llamó su atención no fue el mensaje, sino la letra. Era de su hermano.

Sí, Jimmy lo había escrito y, posiblemente, pensó, allí se encontraba la clave del enigma. Tal vez para que no emitiera aquel mensaje había sido asesinado.

Las líneas escritas decían:

Pico Norbert,

Sur, 13. 442.

Roca Neg...

(Nota: Acusada inestabilidad de la ladera)

Vyavaz se mordió los labios. Era un mensaje, sí, pero ¿qué trataba de decir? ¿Cuál era su significado?

Dobló el papel con todo cuidado y se lo guardó en un bolsillo de la camisa. Ya descifraría después el mensaje, pensó.

De pronto, una racha de aire le hizo perder el equilibrio. Cayó de nuevo, pero ahora, prevenido, pudo recuperarse en pocos metros.

No obstante, descendió la mitad de la distancia. Cuando detuvo la caída, se dispuso a iniciar de nuevo la ascensión. Entonces fue cuando divisó la mano que asomaba por una hendedura de las rocas.

Se acercó poco a poco a la pared rocosa. Había allí un cuerpo humano, horriblemente, destrozado.

Vyavaz procuró dominar un estremecimiento de aprensión. Se acercó al cadáver y contempló sus facciones.

La cara se hallaba en relativo buen estado, el suficiente para identificar el cadáver.

Aquellos restos humanos era cuanto quedaba de Peter Ows.

Capítulo VIII

— Ya no cabe la menor duda, Kitty — dijo Vyavaz—. Hay una mente extraña y poderosa que influye sobre alguno de nosotros. Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo y por dos veces además.

Kitty asintió pensativamente.

— Ese individuo le sugestionó, de modo que llegó a creer que el desfiladero había desaparecido — dijo.

— Exactamente, Kitty.

— ¿Y por qué lo hizo reaparecer después?

— Muy sencillo; yo ya había salido del borde y mis pies flotaban en el aire. Entonces se produjo la caída.

— Pero eso no tiene objeto, sabiendo que usted llevaba un propulsor — alegó Kitty.

— Tal vez, pero quizás «él» supuso que llegaría al precipicio de otro modo, en un automóvil, por ejemplo. En ese caso, al no haber llevado el propulsor, yo estaría muerto ahora.

— Muy bien, Tony, pero, dígame, si quería matarle, ¿por qué no recogió el mensaje antes que usted?

— ¿Sabía «él» que existía ese mensaje? Yo creo que lo que quería evitar era que encontrara el cuerpo de Ows.

— Sí, es muy probable — asintió ella pensativa —. ¿Por qué lo mataría?, me pregunto yo.

— Eso es lo que nos preguntamos todos — dijo Mored, que asistía a la reunión —. ¿Por qué mató a Ows?

— A mí se me ocurre una idea — manifestó Vyavaz.

Kitty, Lola y Mored fijaron la vista en el abogado defensor.

— «Él», quienquiera que sea, sugestionó a Ows para matarme con el hacha de piedra que, sin duda, puso en sus manos. Ows intentó mi muerte, desde luego, pero fracasó. Luego, «él», de algún modo que desconocemos, arrojó a Ows al fondo del cañón.

—¿Y por qué hubo de elegir precisamente a Ows?

— Era el único de los testigos jurados que se había mostrado un tanto hostil contra nosotros — explicó Kitty—. Quizá resultó ser más sugestionable que los restantes.

— Muy posible. Y Ows también te llamó a ti... — dijo Mored.

— No, porque el conserje insistió que nadie había llamado a mi cuarto — contradijo Vyavaz —. Sin embargo, una de las formas más seguras de infiltrar en mi mente la idea de que debía acudir a la cita con Kitty, fue haciéndome creer que ella me llamaba por teléfono.

— En estado de hipnosis, es muy posible — convino Kitty.

— ¿Y el mensaje? ¿Qué significa? — exclamó el fiscal.

— Bralla nos lo dirá — afirmó Kitty.

— ¿Cómo? — se asombró Vyavaz.

La joven sonrió.

— Bralla sirvió un contrato de dos años en Villex, hace diez, antes de ingresar en la policía — dijo.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante — dijo Kitty.

El sargento Bralla entró en el cuarto.

— Señorita Hennan, las huellas que encontré anoche coinciden en un todo con los zapatos de Peter Ows — informó.

— Ya no cabe la menor duda de que fue él— dijo Vyavaz.

— El problema estriba ahora en averiguar la identidad del hombre que le sugestionó u ordenó tu muerte — manifestó Mored.

— Ahora tenemos otro problema pendiente — sonrió Kitty—. Sargento, lea esto y díganos, en su opinión, qué significa. Usted estuvo aquí dos años y conoce bien Harramond.

— Sí, señorita.

Bralla tomó el panel y leyó el mensaje. Después de unos segundos de atenta reflexión, dijo:

— Pico Norbert es una de las cimas más altas de la cordillera. La cifra es el número de cota de un determinado punto situado en la ladera sur. «Roca Neg... » parece ser «Roca Negro», pero, por si es otra cosa, examinaré el mapa con atención. El resto es fácil de entender — concluyó.

— Sí — admitió Vyavaz—. ¡Caramba! —exclamó de pronto—. Tres mil cuatrocientos cuarenta y dos metros de cota es una altura más que respetable.

— Como que si quieren ir allí deberán ir provistos de trajes especiales, presurizados y con calefacción — declaró el sargento.

Vyavaz se volvió hacia la joven.

— Sugiero una exploración del punto indicado en el mensaje — dijo.

— Se acepta la sugerencia — contestó Kitty—. Mañana, a las nueve. Sargento, usted se ocupará de todo.

—Sí, Señoría.

Bralla salió del cuarto. Muy preocupado, Vyavaz dijo:

— Hay dos enigmas más que resolver: el arma prehistórica... ¿Por qué no usó Ows otra clase de arma?

— Ya no está vivo para decírnoslo — declaró Mored, con acento lleno de decepción.

— Y ¿cuál es el otro enigma, Tony? — preguntó Kitty.

— Uno muy singular: la sugestión que hizo presa en mi mente duró

relativamente poco en ambas ocasiones y, me parece, lo mismo le sucedió a Ows. En cambio, es preciso recordar que los acusados persiguieron a Jimmy durante largo rato. ¿Por qué ellos estuvieron tanto tiempo sometidos a hipnosis y nosotros no?

Hubo un momento de silencio.

Kitty suspiró al fin.

— El misterio continúa — dijo, resumiendo con aquellas tres palabras la opinión de todos los presentes.

* * *

Aunque era de noche, Vyavaz decidió no dejar pasar más tiempo a fin de intentar hallar cuanto antes la solución para aquella inexplicable serie de enigmas.

Los tres prisioneros, que habían viajado también a Harramond, estaban alojados en una casa que servía provisionalmente de cárcel. Un policía vigilaba la puerta del edificio, en cuyas ventanas se habían colocado fuertes rejas metálicas.

Vyavaz entró en la casa. Bail, Crandall y Gerlac estaban sentados en la sala, contemplando un programa de televisión.

— Hola, muchachos — saludó.

Los prisioneros se pusieron en pie.

— ¿Qué tal, Tony? — dijo Bail, procurando aparentar serenidad.

— ¿Cómo marchan las cosas? — inquirió Crandall.

— ¿Tenemos derecho a abrigar esperanzas? — quiso saber Gerlac.

Vyavaz hizo un gesto con la cabeza.

— Hacemos todo lo posible — contestó —. Pero quiero aclarar una cosa y espero vuestra colaboración.

— Sí, Tony, te ayudaremos en todo lo que sea — declaró Bail.

— Ese misterioso personaje a quien vosotros llamáis «Él» os sugestionó para que dierais muerte a Jimmy. Pero no os indicó los motivos.

— No, en absoluto — contestaron Crandall y Gerlac a dúo.

— Sin embargo, vuestro estado de sugestión duró mucho tiempo. La prueba de ello es que las tres declaraciones, aun habiendo sido efectuadas por separado, son idénticas por completo. Diríase que fueron calcadas unas de otras.

— Debíamos de estar aún hipnotizados — opinó Bail.

— Sí, pero, ¿por qué tanto tiempo? Si, incluso, ese estado de hipnosis duraba parcialmente en la Tierra.

Gerlac se encogió de hombros.

— Tony, puedes creernos que tanto «Yuma» como Francisco y como

yo, nos hemos preguntado mil veces cómo pudimos matar a un buen amigo. Todavía no hemos conseguido explicárnoslo — aseguró.

— Un momento—dijo Vyavaz—. «Él» os hipnotizó y os dio la orden de matar a Jimmy.

— Sí, en efecto — admito Crandall.

— ¿Cómo fue eso? Explícate, por favor.

— Bueno, yo estaba durmiendo y me levanté. Fui en busca de Francisco y se lo dije. Los dos fuimos después al cuarto de Gerlac.

— Yo estaba a punto de ir a buscarlos a ellos — declaró el aludido.

— Y les ibas a decir lo mismo.

— En efecto.

— Y yo me disponía a hacer lo propio — habló Bail —. Cuando me lo dijo Crandall, la coincidencia me extrañó un poco, aunque no demasiado.

— ¿Ninguno de vosotros fue capaz de oponer resistencia a esa orden mental? — preguntó Vyavaz.

— Yo estuve resistiéndome largo rato — dijo Gerlac—. Creo que, si esos dos no hubiesen entrado en mi cuarto, hubiera acabado por vencer la sugestión que me ordenaba dar muerte a Jimmy.

— A mí me sucedió algo parecido. Vino «Yuma» y me persuadió — declaró Bail.

— Yo no estaba muy convencido, aunque opiné que debía comunicárselo a Francisco — dijo Crandall.

Vyavaz meditó unos momentos. Luego hizo un gesto de asentimiento, a la vez que sonreía.

— Creo que ya entiendo el asunto — dijo—. Ha sido una información muy útil, muchachos.

— Entonces, ¿crees que hay esperanzas? — inquirió Gerlac.

— Naturalmente, pero no lo digo por decir lo de costumbre: «La esperanza es lo último que se pierde» y demás, sino porque lo siento y estoy seguro de que acabaré resolviendo el caso. Sólo tengo que pediros paciencia.

— No te preocupes, Tony—dijo Crandall—. Confiamos en ti y puedes tener la seguridad de que éramos nosotros sólo en lo físico, pero no psíquicamente cuando ocurrió... «aquello».

— Lo sé, «Yuma». Por eso acepté defenderos y sacaré el caso adelante — concluyó Vyavaz, firmemente persuadido de cuanto acababa de decir.

* * *

La única forma de llegar al Pico Norbert, aparte de una clásica cordada de alpinismo, cosa imposible de realizar en Harramond, era utilizando propulsores individuales, que se encargó de preparar el sargento Wranor.

Algunos de los testigos jurados se negaron a formar parte de la expedición, alegando su incapacidad para manejar tales aparatos o bien sus aprensiones acerca de la altura a que debían llegar. Tras una reunión entre ellos, acordaron que fuese uno en representación de los cinco.

Fue elegida una mujer de unos treinta años, morena y atractiva, de carácter resuelto, quien aseguró tener vivos deseos de realizar la excursión.

— Los demás testigos aceptarán como bueno cuanto yo diga acerca de las pesquisas realizadas — manifestó.

Kitty preguntó al fiscal y al defensor si tenían que formular alguna objeción. Los dos hombres contestaron negativamente.

Poco después, convenientemente equipados, partieron en dirección a su objetivo. Bralla, como conocedor del terreno, volaba en cabeza.

La distancia era de unos cuarenta kilómetros, que fueron recorridos en otros tantos minutos. Al llegar a las primeras estribaciones de la cordillera, Bralla dio la orden de ascenso, indicando asimismo la velocidad en metros por segundo.

Poco a poco, empezaron a ganar altura. El panorama era impresionante y embargaba los sentidos. A veces volaban sobre precipicios cuyo fondo parecía hundirse en las entrañas del planeta. Brotaban cascadas de agua blanquísima, que caía centenares de metros antes de dar origen a tumultuosas corrientes que luego se extendían hacia lugares más llanos.

Bralla condujo la expedición hacia una afilada aguja de piedra, cubierta de nieve y hielo en su parte más alta. Los trajes estancos protegían a los expedicionarios de las bajísimas temperaturas que reinaban en aquellas alturas.

El sargento consultaba continuamente su altímetro. De pronto, extendió una mano y dijo:

— ¡Ahí está!

Capítulo IX

Bralla se acercó a un saliente situado en la ladera de la montaña, justamente en la cota señalada en el mensaje hallado en el Cañón de Río Plata. Era como una especie de plataforma, de forma aproximadamente cuadrada y de unos cuatro o cinco metros de lado.

— Pero aquí no hay nada — exclamó Kitty, sorprendida.

Bralla consultó una vez más su altímetro.

— Señoría, nos hallamos justamente a trece mil cuatrocientos cuarenta y dos metros sobre el nivel del mar — afirmó con decisión —. Esto es la ladera sur del Pico Norbert, cuya cima se eleva todavía a unos cuatro mil metros sobre nosotros.

—Sí, pero falta la Roca Negra para dar por localizado el lugar señalado en el mensaje — alegó Vyavaz.

Bralla sonrió.

— No se puede decir que esta roca sea blanca, señor— dijo, golpeando el suelo con el pie.

— Parece de origen basáltico, en efecto — convino Ada.

— ¿Cómo lo sabe usted, señorita? — preguntó Vyavaz, extrañado.

— Señora — corrigió la interpelada, sonriendo —. Me gradué en geología por la Cuarta Universidad Internacional.

— ¡Vaya, qué sorpresa! — mascculló Bralla.

— De modo que basalto — dijo Kitty.

— Así es — confirmó Ada —. Un basalto impuro si se quiere, pero de evidente origen volcánico y con una antigüedad de unos cincuenta o sesenta millones de años.

— ¡Bah! — dijo el sargento —. Día más, día menos, poco importa.

Vyavaz sonrió.

— Está bien — dijo —. Nos encontramos en la ladera sur del Pico Norbert, a la altura señalada y sobre la Roca Negra. Pero ¿qué hemos de encontrar aquí?

Kitty se acercó al borde de la pequeña explanada y miró hacia abajo. La ladera, sumamente escarpada, parecía perderse en la profundidad.

— Creo que estoy viendo algo — dijo —. ¿No es eso un pico?

Bralla saltó al espacio, descendió una docena de metros y recogió la herramienta.

— Sí, efectivamente; es un pico y aquí veo...

El sargento no pudo continuar.

Una piedra se desprendió bajo sus pies y perdió el punto de apoyo. Por suerte, reaccionó a tiempo y puso en funcionamiento el propulsor,

elevándose unos metros en el espacio, sin soltar la herramienta.

La piedra rodó y golpeó a otra, ésta a una tercera y así sucesivamente. Un sordo zumbido emergió de la ladera en movimiento.

Vyavaz recordó en el acto otra de las recomendaciones del mensaje: «Ladera con acusada inestabilidad», decía, poco más o menos.

El zumbido se convirtió en trueno. La losa de basalto tembló.

— ¡Arriba! — gritó Vyavaz —. Sepárense unos centenares de metros de la ladera y hacia arriba.

Agarró la mano de Kitty y tiró de ella. Era preciso ascender un poco, a fin de no ser absorbidos por el torbellino de aire que provocaría el alud de tierra y piedras, cuya intensidad crecía por momentos.

La roca basáltica se desgajó al fin y empezó a rodar, aumentando la cantidad de piedras que se desprendían hacia abajo. Una nube de polvo se elevó, espesándose rápidamente.

El ruido, pese a la poca densidad de las capas atmosféricas a semejante altura, era atronador. Era un espectáculo pavoroso ver aquella masa de cientos de miles de toneladas, deslizándose con ímpetu irresistible hacia el pie de la montaña.

El alud provocó fuertes torbellinos, cuyas ondas más alejadas sacudieron con fuerza a los expedicionarios. Poco a poco, sin embargo, la atmósfera se fue tranquilizando y las nubes de polvo fueron dispersándose.

Entonces vieron emerger una pirámide, blanca, reluciente, con sus metálicas superficies de una lisura increíble y un pulimento perfecto, joya que había estado escondida bajo la tierra durante un tiempo que ninguno de los presentes supo calcular.

* * *

La pirámide tenía cuatro caras y su base era un cuadrado perfecto de unos tres metros de lado, situada sobre una explanada de roca, que también había estado oculta bajo la masa de tierra y piedras. La explanada medía unos quince o veinte metros de lado y era de superficie asimismo muy lisa y pulida.

Sin embargo, la pirámide tenía una singular característica. Dadas las dimensiones de su base y su extraordinaria altura, parecía más una aguja de metal hincada por la base en el suelo. Bralla se elevó en el aire, examinó la parte superior de la pirámide y cuando bajó informó que la punta era tan fina como la de un alfiler.

— ¿Fue esto lo que descubrió su hermano, Tony? — preguntó Kitty.

Vyavaz dudó un instante. Bralla dio la respuesta.

— Probablemente, Señoría — contestó —. Se veía un poco de la superficie metálica cuando bajé a recoger el pico. Pero el hermano del

señor Vyavaz no pudo terminar su exploración, sin duda, y se vio obligado a escapar de aquí a la carrera.

—¿Por qué? — preguntó Mored.

Bralla se encogió de hombros. Vyavaz se volvió hacia Ada.

— Señora Varilia, usted es geólogo — dijo —. ¿Qué clase de metal es éste?

Ada frunció las cejas. Luego se acercó a la aguja y examinó con toda atención su brillante superficie. De pronto, golpeó con los nudillos.

Se oyó un sonoro «nang», de gran intensidad, pero que, extrañamente, no dañaba los tímpanos. Era un sonido de una rara y atrayente musicalidad, como procedente de un nuevo instrumento, jamás escuchado antes por ninguno de cuantos se encontraban en aquel lugar.

Durante unos segundos, todos se quedaron subyugados por aquella extraña música. Ada volvió a golpear la pirámide y la nota se reprodujo.

Vyavaz levantó maquinalmente la cabeza hacia arriba. Entonces vio algo que le hizo lanzar una exclamación:

— ¡Miren!

Era un espectáculo asombroso y creyeron hallarse en el fondo de un estanque de limpias aguas y superficie de cristal, al cual hubiese sido arrojada de repente un guijarro.

Ondas concéntricas se producían en el vértice de la pirámide y se extendían lentamente, muy intensas de colorido al principio, perdiendo tono después y desvaneciéndose por último. Los círculos tenían todos los colores del arco iris, pero su formación cromática no seguía el orden clásico.

A veces aparecían dos círculos rojos seguidos, luego uno verde y otro azul, tres amarillos... La discontinuidad en la aparición de los colores era patente, pero no así en el ritmo de los círculos concéntricos, que surgían a intervalos regulares, cada medio segundo, aproximadamente, calculó Vyavaz.

Los círculos eran planos y antes de desvanecerse alcanzaban cientos de metros de diámetro. Por último, dejaron de aparecer, justamente al extinguirse las últimas notas sonoras.

— ¿Qué es eso? — preguntó Kitty, rompiendo el silencio en que todos habían caído al oír la primera nota musical —. ¿Alguien puede explicarlo?

— No lo sé — dijo Vyavaz—, pero abrigo la sospecha de que hemos hecho una llamada.

— ¿Una llamada? — repito Mored, atónito.

Vyavaz asintió.

—Sí — contestó—. Tengo la impresión de que esta pirámide fue colocada hace muchísimos años por unos seres inteligentes quienes, sin duda, esperaron que alguien la descubriese un día. Entonces, la pirámide

emitiría unas señales que les harían saber que una raza también inteligente ha llegado a este sector del Universo.

— Y la señal ha sido emitida — dijo Kitty.

— En efecto, ha sido emitida, pero ¿será recibida?

— No cabe la menor duda — aseguró Ada —. La señal ha sido emitida y será captada. Ahora, lo que interesa saber es ¿quién, cómo y dónde recibirá esa señal?

— Y otra cosa más, señora Varilia. ¿Acudirán esos seres extraños a la llamada?

Las palabras de Vyavaz no obtuvieron respuesta. Nadie sabía qué decir.

Pero todos estaban fascinados por la pirámide. Era un cuerpo geométrico, cuya belleza perfecta resultaba impresionante.

* * *

Decidieron descansar al pie de la cordillera, junto a un arroyo de aguas turbulentas, flanqueado por muchos árboles. Bralla, previsor, había llevado una bolsa de bocadillos, hecho que fue acogido con vivas muestras de satisfacción por todos los presentes.

— Para beber, sólo agua del arroyo — dijo el sargento.

— Es la bebida más sana — contestó Ada, sonriendo.

Vyavaz tenía los ojos fijos en la chispita de luz que era la aguja, a trece kilómetros y medio sobre sus cabezas.

— No la puede apartar de su mente, ¿eh? — dijo Kitty sonriendo.

— Me pregunto si esa aguja será el origen de los fenómenos de hipnotismo que tanto nos preocupan — contestó él.

— ¿Lo cree así, Tony?

— No sé qué decir, Kitty. Sin embargo, puedo afirmar que creo haber descubierto las causas del prolongado estado de hipnotismo de los tres acusados. Recuerde que yo he estado dos veces bajo hipnosis, pero se me ha pasado relativamente pronto.

— Sí, es cierto — admito Kitty —. Pero, dígame, ¿qué ha descubierto?

— Algo muy interesante. Estuve hablando con ellos anoche y obtuve, creo, la solución. Todos fueron hipnotizados al mismo tiempo, pero se reunieron en un corto espacio de tiempo y, si vale la expresión, se «rehipnotizaron» entre sí. Es decir, formaron un triángulo de mentes sujetas a un poder extraño, con lo que la potencia de sus mentes aumentó increíblemente por acumulación, si bien en el sólo sentido de matar a Jimmy.

— Entiendo, Tony.

— Les sucedió, simplemente y aunque la metáfora no sea muy

acertada, lo mismo que pasa cuando se quiere remolcar una carga. Un caballo no es suficiente; se enganchan dos al tiro y si no, tres... Naturalmente, el estado de hipnosis duró mucho más y, por otra parte, si alguno flaqueaba, los otros le empujaban a seguir adelante.

— Es verdad, porque alguna de las tres mentes podía resistirse a la idea de matar a Tony y, de este modo, la resistencia se vencía con toda facilidad.

— En efecto, Kitty.

— Pero ¿por qué lo mataron?. ¿Sólo por haber descubierto, aunque parcialmente, la aguja metálica de Pico Norbert?

Vyavaz hizo un gesto con las manos.

—Eso es algo que no ha podido ser descubierto todavía — contestó —. ¿Por qué quiso matarme Ows? ¿Por qué Kroptor quiso impedir que viniéramos a Harramond? ¿Por qué murieron dos Kroptor al mismo tiempo?

Kitty suspiró.

— Demasiados enigmas, Tony — dijo.

Mored se acercó a ellos.

— Creo que es hora de regresar a Villex — dijo—. Hablaremos con el alcalde y Farthiss, y les explicaremos lo ocurrido. Quizá podamos traer esa pirámide a la ciudad.

— No resultará fácil — manifestó Ada, que se había reunido con ellos —. Si no es más que acero, pesará bastantes toneladas y no creo que haya aparatos capaces de transportarla por el aire.

— Suponiendo que se pueda arrancar de su emplazamiento — dijo Kitty.

— Estudiaremos eso en Villex — decidió Vyavaz.

Momentos después, alzaban el vuelo y emprendían el regreso a la ciudad. Cuarenta minutos más tarde, avistaron las primeras casas.

Vyavaz perdió altura, a la vez que refrenaba su marcha. De pronto, notó algo que no cuadraba con la imagen que él tenía de Villex.

— ¡Qué raro! — dijo —. ¿Cómo es que no se ve un alma en la calle?

Aun en los momentos de menor movimiento, siempre se veían personas en el exterior de los edificios, salvo, lógicamente, a horas avanzadas de la noche. Pero en aquellos momentos eran poco más de las dos de la tarde y la ciudad debía hallarse en plena actividad.

Sin embargo, no se veía a ninguna persona. Vyavaz empezó a sentirse preocupado.

— Es imposible que se haya producido una estampida de pánico...

Kitty le interrumpió con un agudo chillido.

— ¡Villex está deshabitada!

Capítulo X

Los seis expedicionarios avanzaron a lo largo de la calle principal, cubierta de matojos y plantas silvestres, con montones de arena en muchos lugares, que eran dunas por su tamaño en algunos sitios. Faltaban la mayoría de los vidrios, los metales sé veían herrumbrosos y muchas de las puertas y ventanas aparecían a punto de caerse al suelo.

Los muebles del interior de las casas aparecían carcomidos. Muchos de ellos no eran más que montones de polvo. La soledad y el silencio eran absolutos.

A veces, sin embargo, se oía el tétrico silbido de una ráfaga de viento y se levantaban torbellinos de polvo. El aspecto no podía resultar más deprimente.

— Pero ¿qué ha pasado aquí? ¿Cómo es posible que Villex haya tomado este aspecto en menos de ocho horas? — exclamó Mored.

— ¿Y sus habitantes? ¿Dónde están? ¿Adónde han huido? — dijo Ada, no menos aprensiva que el resto de sus compañeros.

De pronto, se oyó un fuerte golpe. Una puerta acababa de cerrarse en una casa próxima.

Vyavaz reconoció el edificio.

— ¡Es la cárcel! — gritó.

Corrió hacia la casa y abrió la puerta de par en par.

El interior estaba lleno de polvo y tierra. Los pocos muebles que había, aparecían casi por completo destruidos y con escasos restos de su tapicería.

Había un hombre sentado en un sillón, de espaldas a la puerta, de tal modo, que sólo se le veía parte del hombro y el brazo izquierdos.

— ¡Eh! — dijo Kitty.

El hombre no contestó. Vyavaz se acercó a él y le tocó en el hombro.

— ¡Despierte, amigo!

Se oyó un extraño tableteo. Un esqueleto humano se desmoronó, a la vez que sus ropas se convertían en polvo pestilente. El cráneo se separó de los demás huesos y rodó por el suelo, deteniéndose a pocos pasos del sillón. Sus blancos dientes reían con una silenciosa y macabra carcajada.

Kitty lanzó un estridente chillido. Bralla entró, pistola en mano, y se detuvo en seco al ver los huesos esparcidos por tierra.

— ¿Quién era? — preguntó.

— No lo sé — respondió Vyavaz—. Al entrar aquí, me pareció que era un tipo que se había quedado dormido, pero cuando le toqué en el hombro para despertarle...

— ¿Es posible que un hombre haya muerto y se haya convertido en un

montón de huesos sólo en unas pocas horas? — comentó el sargento.

Los demás se habían reunido también con ellos y no se sentían menos asombrados. De pronto, Vyavaz divisó algo en el suelo y se agachó para recogerlo.

Era una billetera medio podrida. En su interior halló unos documentos de identidad.

— Charles Grayson, natural de Essex... ¡nacido el 2 de agosto del año 2710! — gritó.

— ¡Eso es imposible! — exclamó Kitty —. Estamos en el año 2139.

Vyavaz se volvió hacia la joven.

— ¿Tenemos la seguridad de que nos hallamos en nuestra época? — preguntó.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Ada levantó una mano.

— ¡Aguarden! — dijo —. Tengo un reloj-calendario universal...

Consultó la esfera. Vio la fecha que marcaba el reloj y sintió un mareo.

Bralla se apresuró a sostenerla en brazos. Con su mano izquierda, levantó la de Ada y miró el reloj.

— ¡Por todos los...! ¡Este reloj indica que hoy es el día once de mayo del año 2884!

* * *

— Es imposible — decía Kitty una y otra vez —. No podemos haber llegado a esta fecha. Resulta absurdo suponer siquiera que en ocho horas hemos recorrido un espacio de tiempo de setecientos cincuenta años en cifras redondas.

— Setecientos cuarenta y cinco — puntualizó Mored.

— La fecha y la hora corresponden exactamente — dijo Lola —. Es el día once de mayo y son las cuatro y media de la tarde, pero de siete siglos y medio después.

— Pero ¿cómo puede ser eso? — dijo Ada—. Si no hace todavía dos horas estábamos junto, a la aguja de metal...

— ¡Esperen un momento! — exclamó Vyavaz—. Se me acaba de ocurrir una idea. Puede que sea disparatada, pero ¿no es disparatado todo lo que está sucediendo en Harramond?

— A decir verdad, más que disparatado, es intranquilizador — calificó Mored—. Pero habla, Tony; te escuchamos.

Vyavaz se volvió hacia Bralla.

— Sargento, ¿cree que los aparatos de radio de nuestros trajes llegan hasta el Pico Norbert?

— Por supuesto, señor — contestó el aludido.

— Bien — dijo Vyavaz—, tengo la opinión de que la aguja de metal es la culpable de lo que nos está ocurriendo. Señora Varilia — se dirigió a la geólogo—, ¿tendría inconveniente en volver al Pico Norbert y golpear la aguja de la misma forma que lo hizo antes?

— Ninguno, señor Vyavaz — accedió Ada.

— Magnífico, señora Varilia. En ese caso, usted y el sargento irán a la aguja y la golpearán. Si mi teoría es correcta, los golpes nos devolverán a la época en que nos hallábamos antes de descubrir la aguja. En todo caso, nos comunicaremos por radio cualquier novedad.

— Iremos ahora mismo, señor — dijo Bralla.

El sargento y Ada levantaron el vuelo de inmediato. Kitty se volvió hacia Vyavaz.

— ¿Cree que dará resultado, Tony? — preguntó.

— Es un presentimiento, pero estoy seguro de que se convertirá en realidad, Kitty. De todas formas, pronto lo sabremos.

— A mí hay una cosa que me intriga mucho — dijo Lola—. Lo que estamos viendo ahora es el futuro de Villex.

— Una ciudad muerta y abandonada, ¿no? — terció Mored.

— Justamente. Y eso significa que habrá perdido su importancia como estación de enlace y aprovisionamiento.

— O se habrá producido una guerra a escala cósmica y la Humanidad habrá desaparecido o poco menos.

Vyavaz miró al fiscal.

— No seas tan pesimista, Ramón — le reprendió.

— El ser humano es incorregible — refunfuñó Mored— Siempre está organizando catástrofes...

— ¿Qué me dicen ustedes de Grayson? — intervino Kitty—. ¿Cómo vino a Villex? ¿Y su nave?

— Es cierto — exclamó Vyavaz —. No se nos ha ocurrido explorar los alrededores de la ciudad para ver si encontrábamos su nave, porque es indudable que, de algún modo, tuvo que llegar aquí.

— O quizá fue abandonado y murió como un solitario Robinson del espacio — apuntó Lola.

— Lo único positivo es que Grayson murió...

Vyavaz interrumpió a Kitty, que era quien acababa de hablar.

— Morirá es lo correcto — rectificó.

—¿Cómo?

— Nosotros somos seres del siglo XXII. Grayson tiene que nacer todavía, en el siglo XXIX.

— Eso no son más que especulaciones sin contenido práctico — dijo Mored—. Lo que interesa es que podamos volver a nuestra época.

— ¿Y si no nos hubiéramos movido de ella? — sugirió Kitty.

— ¿Qué quiere decir usted? — preguntó Vyavaz.

— Estamos en un mundo donde varias personas sufrieron hipnosis, usted entre ellos. ¿Por qué, pues, no podemos estar todos sugestionados y creer que nos hallamos en el siglo XXIX, cuando, en realidad, no nos hemos movido del nuestro?

Vyavaz reflexionó un momento.

— Pudiera ser — admitió—, pero, entonces, ¿cómo nos damos cuenta de que estamos fuera de nuestro tiempo? Creeríamos realmente hallarnos ante una ciudad muerta y abandonada, ignorando todo lo demás, como si ello nos sucediese de una manera auténtica.

— Repito que son especulaciones sin sentido — masculló Mored —. Yo no me siento hipnotizado en modo alguno y... diablos, ¿es que también ese cerebro infernal ha sido capaz de hipnotizar el reloj de la señora Varilia?

— A saber si Ada tiene reloj — dijo Lola.

Kitty se puso las manos en las sienes.

— ¡Basta, basta! — clamó—. Si no dejamos de decir tonterías, acabaremos volviéndonos todos locos.

— Quizá sea eso lo que pretende la mente extraña — murmuró Vyavaz preocupadamente.

De pronto, llamó la radio:

— Señor Vyavaz, ya hemos llegado a la aguja — anunció Bralla.

El joven se esforzó por reaccionar.

—Muy bien, sargento — contestó —. Dígale a la doctora que dé un golpe en la aguja, como lo hizo antes. Nosotros le indicaremos los resultados. Ustedes nos dirán si ven ahí algo de particular. ¿Entendido?

— Sí, señor.

Cuatro pares de ojos se fijaron en la lejanía, donde el pico Norbert se alzaba majestuoso a diecisiete kilómetros y medio de altura. De repente, vieron aparecer los resplandores de los círculos de colores.

Un atronador «nang», que parecía llegar de lo profundo del Universo, se expandió por la llanura.

La atmósfera tembló.

Las imágenes se vieron oscilar. Parecía como si estuvieran sumergidos en un océano de aguas de absoluta transparencia.

La agitación se acentuó unos segundos. Luego, las imágenes recobraron su estabilidad.

Desaparecieron los montones de arena y los matojos secos. Las casas recobraron su aspecto normal. Empezaron a verse personas por la calle.

Vyavaz lanzó un profundo suspiro.

— Todo en orden, sargento — dijo—. Ya pueden regresar.

— Enterado, señor — contestó Bralla.

Al mismo tiempo, se oyó un gruñido y una voz de tonos ásperos:
— ¿Es que no sabe mirar por dónde va, estúpido?
La imprecación iba dirigida a Mored, quien acababa de dar unos pasos en sentido lateral, en el momento de oírse la señal musical. El fiscal había tropezado con un individuo, que era quien acababa de increparle.
Vyavaz se volvió al oír aquella voz irritada. Sus ojos se dilataron de asombro.
— ¡Ows! — gritó —. ¡Peter Ows!
El hombre se volvió también y le miró. Permaneció inmóvil un instante; luego, reaccionando, salió disparado a toda velocidad, como perseguido por un millar de diablos furiosos.

Vyavaz quiso correr tras él, pero se olvidó de que todavía llevaba puesto el propulsor individual. Los pies se le enredaron y cayó al suelo de bruces, cosa que aprovechó Ows para desaparecer en la próxima esquina, antes de que ninguno de los presentes pudiera darle alcance.
Cuando, al fin reaccionaron y quisieron perseguir a Ows, era ya demasiado tarde. El testigo jurado había desaparecido como si jamás hubiera existido.

* * *

— El caso se complica — dijo Vyavaz, mientras llenaba una copa.
— Ows está muerto. Su cuerpo fue recogido y trasladado a la clínica del doctor Kozlitch, quien anunció que le haría la autopsia — manifestó Mored.
— Por cierto, aún no se ha celebrado el entierro — dijo Kitty.
— Voy a preguntarlo — se ofreció Lola.
La joven se levantó y se acercó al teléfono. Marcó un número, habló brevemente y luego colgó.
— El entierro será mañana a las diez — informó.
— Hay cementerio en Villex, supongo — dijo Vyavaz.
—Sí, está a kilómetro y medio hacia el Sur, en la Loma del Alto Final.
— Un nombre muy sugerente — comentó Kitty —. Asistiremos al entierro.
El sargento Bralla entró en aquel momento con un papel en la mano.
— El informe de la autopsia de Ows, Señoría — anunció.
Kitty tomó el papel y lo leyó rápidamente.
—Es un informe detallado, pero rutinario—dijo al terminar—. No dice nada que no sepamos ya.

— Ows cayó por el precipicio y se mató — murmuró Vyavaz sarcásticamente —. ¿Le pasó lo mismo que a mí?

— Muy, posible — admitió Kitty.

— ¿Quién firma el documento? — preguntó Mored.

— Kozlitch, naturalmente.

— Bralla, ¿ha hablado usted con Farthiss? — preguntó Vyavaz.

—Sí, señor — contestó el aludido —. No se ha encontrado el menor rastro de Ows, a pesar de que ha puesto en acción a todos sus agentes.

— Hay una cosa que me preocupa — dijo Vyavaz.

— ¿De qué se trata, Tony? — preguntó Kitty.

— Richard Kropton murió atropellado en la Tierra. Su hermano gemelo, o lo que fuese, murió también de la misma manera y a la misma hora. Sin automóvil, pero murió.

— ¿Qué tiene eso que ver con Ows? — quiso saber Mored.

— Muy sencillo. Yo encontré a un Peter Ows muerto en el fondo del Cañón del Río Plata. ¿Por qué sigue vivo su otro «hermano gemelo»?

Hubo un momento de silencio.

Kitty hizo un gesto de desánimo.

— Veo la solución cada vez más lejos — dijo.

— O quizás imposible de alcanzar — añadió Mored.

— Eso no — exclamó Vyavaz con vehemencia —. No tengo particular interés en ejercitar una venganza, pero sí quiero saber, exactamente, los motivos por los cuales alguien dio la orden de asesinar a Jimmy.

— ¿Tienes alguna idea para encontrar esa solución? — preguntó el fiscal.

— Es muy probable — contestó Vyavaz en tono enigmático.

Capítulo XI

El pasillo se hallaba desierto y el hotel estaba sumido en un completo silencio. Andando de puntillas, Vyavaz caminó a lo largo del pasillo y se detuvo ante una puerta.

Llamó suavemente. Segundos más tarde, Bralla asomó la cabeza.

— ¿Listo, sargento? — preguntó Vyavaz en tono muy bajo.

— Sí, señor.

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida, llegaron al vestíbulo y se detuvieron tras una columna, desde la que se divisaba la recepción.

El conserje de noche estaba de espaldas a ellos, leyendo un libro. Vyavaz y Bralla se deslizaron sigilosamente en busca de la puerta trasera.

Al hallarse en el exterior, Vyavaz lanzó un profundo suspiro.

— Resulta enojoso tener que moverse como si uno fuese un criminal — masculló.

— Las circunstancias, señor — declaró el sargento.

Echaron a correr. Las calles de Villex estaban desiertas.

Poco más tarde, alcanzaron un edificio de planta cuadrada y un solo piso. En la puerta delantera se leía un rótulo: Dr. B. Kozlitch, Médico. Clínica.

Los dos hombres dieron la vuelta a la casa y buscaron la puerta posterior. Bralla tanteó el pestillo y abrió.

Un fuerte olor a desinfectante hirió de inmediato sus pituitarias. Vyavaz sacó una pequeña linterna y la encendió.

Había dos o tres puertas. Al otro lado de la segunda que abrieron encontraron el cadáver de Ows.

Vyavaz se acercó al cuerpo que yacía sobre una mesa de operaciones. Le habían puesto ropas nuevas y tenía una venda en torno al cráneo. El cadáver estaba cubierto por una sábana, que volvió a dejar tal como estaba después de un rápido examen.

— Bien — dijo el joven—, cuando menos, el Ows difunto continúa aquí. Ahora sólo falta ver si se realizan mis presentimientos.

Buscó con la mirada un sitio donde esconderse. No tardó en encontrarlo.

— Venga aquí, sargento.

Bralla le siguió. Los dos hombres se situaron tras un biombo utilizado por los pacientes para desvestirse en sus consultas al doctor Kozlitch. Vyavaz apagó la linterna.

La espera se hizo lenta y tediosa. Al fin, con gran alivio de los dos hombres, se abrió la puerta.

Una mano tocó el interruptor de la luz. La oscuridad se disipó en el acto.

Peter Ows entró en el cuarto. Detrás de él lo hizo el doctor Kozlitch.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Ows.

Kozlitch apartó la sábana a un lado.

— Tiéndete sobre él, boca arriba — ordenó.

— ¿Dará resultado? — dudó Ows, antes de hacer lo que le mandaban.

— Desde luego — aseguró el médico —. Tienes que desaparecer una temporada. Luego, cuando haya pasado el peligro, te corporeizarás de nuevo.

Ows no parecía aún muy resuelto a obedecer al galeno.

— ¿Qué pasaría si, mientras tanto, se descubriese el «pastel»? —dijo en tono aprensivo.

Kozlitch soltó una risita.

— ¿Crees que pueden descubrirlo? — replicó desdeñosamente—. He llevado la confusión a sus mentes. Acabaremos por vencer.

— ¡Hum! — dijo Ows, haciendo una mueca—. Temo al precedente de Richard Kroptor...

— Kroptor no estaba preparado psíquicamente para lo que sucedió en la Tierra de un modo inesperado — explicó Kozlitch—. A ti te lo hice saber con tiempo y por eso no pasó nada cuando tu doble se despeñó por el precipicio.

— Sí, pero falló el ardid para quitar de en medio ese maldito abogado.

— Tu doble no se comportó con demasiado acierto. Actuó retrasado y por eso erró el golpe.

— Lo que sucede es que le diste un arma de hace un millón de años — rezongó Ows —. ¿Por qué no emplear otra más moderna?

— Quería aumentar su confusión. De este modo, pensaba que llegarían a creer que había en Harramond unos habitantes primitivos.

— Pero no fue así y...

— Basta, basta, Peter; estamos perdiendo ya demasiado tiempo. Haz lo que te digo. Te conviene desaparecer de la circulación una buena temporada.

— Eso ya lo sé, pero me fastidiará mucho permanecer inactivo, mientras ellos...

— No te preocupes, insisto — dijo Kozlitch en tono persuasivo—. Debes desaparecer.

— Sí, pero Villex continuará existiendo.

— El plan está prácticamente en los comienzos. Cuando hayamos terminado, Harramond será nuestro.

— Ojalá sea como dices — suspiró Ows.

Empezó a desvestirse. Cuando estuvo desnudo por completo, se tendió

sobre el cadáver, cruzando los brazos sobre el pecho.

Kozlitch se acercó a la mesa y apoyó ambas manos sobre el vientre y pecho de Ows. Cerró los ojos y presionó con fuerza.

Vyavaz tenía los nervios en tensión. A través de una rendija del biombo contempló algo increíble.

El cuerpo de Ows empezó a fundirse con el del hombre que estaba debajo de él. Minutos más tarde, sólo había un cadáver encima de la mesa.

Kozlitch se enderezó y abrió los ojos. Sudaba copiosamente.

Buscó una toalla y se secó la cara. Luego, recuperado en parte, se dirigió hacia la puerta, apagó la luz y salió.

Bralla se puso en pie y se santiguó.

— Jamás había visto nada semejante — dijo sumamente impresionado.

Vyavaz corrió hacia la puerta, abrió un poco y escuchó. Cerró de nuevo y dio la luz.

Luego se acercó a la mesa donde yacía Ows. El único rastro que quedaba del Ows vivo eran sus ropajes sobre una silla.

Examinó el cadáver unos segundos. Luego agitó la mano.

— Estoy deseando abandonar esta maldita casa — contestó Bralla, muy aliviado.

* * *

— De modo que se trata de un plan de conquista de Harramond — dijo Kitty a la mañana siguiente, cuando Vyavaz le hubo relatado su increíble aventura.

— En efecto, así es — confirmó el joven —. Ignoro si Kozlitch tiene o no más cómplices, pero una cosa es segura: quieren apoderarse del planeta.

—¿Para qué?

Vyavaz se encogió de hombros.

— No tengo la menor idea, Kitty — respondió.

— Está relacionado con la muerte de su hermano, Tony.

— Indudablemente. Y quizá descubrió este mismo secreto y eso le costó la vida.

— Entonces, Kozlitch es «Él».

— Casi seguro.

Kitty dirigió a Vyavaz una intensa mirada.

— Tony, si eso es cierto, resultará que... que Kozlitch y sus cómplices son seres extraterrestres—dijo, abrumada.

Vyavaz se mordió los labios.

— Sus cómplices — repito pensativamente —. ¿Quiénes más pueden serlo en Villex?

— Uno, por lo menos, Tony.
— ¿Quién, Kitty?
— El autor de las interferencias que produjeron la catástrofe de la expedición Traigh.
— ¿Cómo? — respingó Vyavaz.
— No hay duda de que alguien deseó la catástrofe. Ignoramos los motivos, pero muy bien pueden tener alguna relación con el intento de conquista de Harramond.
— Es posible — admitió el joven—. Todo esto pudiera ser el origen de una campaña de terror para hacer evacuar la ciudad.
— Y quedarse ellos dueños del planeta... ¿con qué objeto?
Vyavaz no respondió de momento. Pensativo, se acercó a la ventana y contempló la calle unos momentos.
De pronto, vio algo que llamó su atención.
— Kitty, termine de arreglarse pronto. Ya pasa la comitiva que lleva al cementerio el cuerpo de Ows. La esperaré en la puerta del hotel.
— Muy bien, Tony.
Los dos jóvenes se reunieron minutos más tarde. Bralla apareció conduciendo un automóvil. Ada se sentaba a su lado.
— Imaginé que querrían ir al cementerio — sonrió el sargento.
— ¿Dónde están Mored y Lola? — preguntó Vyavaz.
— Han ido en otro coche, con Quill y Farthiss. Suban.
Momentos después, el vehículo arrancaba en dirección al cementerio. Cuando llegaban allí, varios hombres descargaban el ataúd de la plataforma en que había sido transportado hasta su destino final.
Quill pronunció una breve oración fúnebre. Luego, el féretro fue bajado a la tumba.
Vyavaz se fijó en la posición de la sepultura. «Tal vez deba volver algún día», se dijo.
Poco después, se dio por terminada la ceremonia, a la que habían asistido unas treinta o cuarenta personas. Quill dio las gracias a todos los presentes y luego el grupo se disolvió.
Cuando volvían hacia el automóvil, Vyavaz habló unos momentos con el sargento.
— Esta tarde voy a necesitarle, Bralla — murmuró.
— Cuente conmigo, señor — respondió el sargento.

* * *

Vyavaz no confió a nadie sus propósitos, salvo a Bralla. Confiaba en un golpe de audacia, que le permitiera dar un buen paso en sus investigaciones.

Al atardecer, llegó a la puerta de una casa. Llamó y aguardó unos momentos. Bralla quedó en un lugar estratégico, dispuesto a intervenir en el momento oportuno.

Kozlitch abrió casi en seguida. Sonrió al reconocer a su visitante.

— Ah, es usted, señor Vyavaz — dijo amablemente—. ¿Puedo servirle en algo?

— Desearía tener una conversación con usted, doctor, si no le molesto — manifestó el joven.

— En absoluto — accedió el médico —. Tenga la bondad de pasar.

Vyavaz entró en la casa y cruzó un pequeño vestíbulo, del que pasó a una sala, donde había una mujer joven y de aspecto agradable.

— Le presento a mi esposa, señor Vyavaz — dijo Kozlitch—. Ivonne, el abogado Vyavaz. Sin duda habrás oído hablar de él.

— Así es — contestó la mujer—. Encantada de conocerle, señor Vyavaz.

— Es un placer, señora Kozlitch. Doctor — agregó el visitante—, me gustaría hablar a solas con usted.

— Por supuesto. Nos dispensas, ¿verdad, querida?

Ivonne Kozlitch hizo un gesto de asentimiento.

Vyavaz la saludó de nuevo con una cortés inclinación de cabeza.

— En mi despacho estaremos mejor — indicó el médico—. Sígame, por favor, señor Vyavaz.

Los dos hombres abandonaron la sala y pasaron al cuarto de trabajo del médico. Kozlitch señaló una silla a su visitante.

— Gracias, pero no estoy cansado — sonrió Vyavaz.

— Bien, en ese caso, usted dirá. ¿De qué se trata, abogado?

— De un suceso desagradable ocurrido hace muy poco, doctor. Concretamente me estoy refiriendo a la muerte de Peter Ows.

— Ah, Peter Ows — repitió Kozlitch pensativamente—. En efecto, un suceso muy poco agradable. Pero no veo qué puedo añadir yo más a lo que ya expresé por escrito en mi informe de la autopsia.

— Tal vez omitió algo en ese informe, doctor.

Kozlitch arqueó las cejas.

— ¿Cómo? ¡No entiendo, abogado! —dijo.

— Soy yo el que no entiende, doctor. Por eso estoy aquí, para recibir las oportunas explicaciones y comprender algunos misterios que nadie ha sabido aclararme hasta ahora.

El médico se irguió.

— Sería mejor que hablase claro de una vez — pidió con sequedad.

— Puesto que lo desea, hablaré claro. Me gustaría saber, entre otras cosas, por qué ordenó a Peter Ows que me asesinase con un hacha de piedra y por qué simuló luego su muerte en el Cañón de Río Plata, a fin de que cesaran las investigaciones en ese sentido. También me gustaría saber

la fecha en que lo va a sacar usted de su féretro. Y no estaría de más que me dijese si en el cementerio de Villex hay algún doble suyo, doctor.

Un profundo silencio se produjo a continuación de las últimas palabras de Vyavaz. Los ojos del doctor Kozlitch brillaban como brasas.

Capítulo XII

El fulgor de los ojos del médico se acentuó de repente. Ahora eran como unas pequeñas lámparas de color rojo vivo, en cuyo resplandor se notaban ligeras oscilaciones.

Vyavaz sonrió.

— Es inútil que se esfuerce en hipnotizarme, doctor— dijo—. He venido acondicionado mentalmente para resistir a su hipnosis. Pudo conseguirlo una o dos veces, hallándome desprevenido, pero ya no sucederá más.

Las manos de Kozlitch se apoyaron en el borde de la mesa de trabajo.

— ¿Cómo lo supo? — preguntó con voz ronca.

— Ows se tropezó casualmente con uno de nosotros. Recordando la experiencia de Kroptor, pensé que podía haberse repetido el caso.

— ¡Fue un error de ese condenado estúpido! — masculló Kozlitch—. Pero no había nadie en la calle cuando él pasaba, al menos en el trozo en que ustedes se tropezaron con él.

— Habíamos sido trasladados a setecientos cincuenta años en el futuro y regresamos de pronto. Ows caminaba por una calle desierta, cuando, de repente, nos materializamos nosotros.

— Es curioso. ¿Cómo pudieron desplazarse al futuro?

— A nosotros también nos gustaría saberlo. Pero puede que lo que produjo ese extraño fenómeno no le resulte a usted tampoco muy comprensible. A nosotros nos interesa saber más por qué quieren apoderarse de Harramond.

— De modo que lo sabe.

— Sí, doctor. Escuché su conversación en el cuarto donde yacía el cadáver de Ows... cuando hablaba con el Peter Ows vivo. Luego vi cómo le hacía fundirse con el cadáver.

Los dientes de Kozlitch chirriaron con fuerza.

— Ha averiguado demasiadas cosas — masculló.

— Para eso vinimos aquí, porque todo lo que ha sucedido está relacionado con la muerte de mi hermano. Ahora, más que nunca, estamos convencidos de la inocencia de los acusados.

— Sí — admitió Kozlitch —, hemos venido para conquistar Harramond, pero por unos motivos que usted ignora por completo y que no sabrá nunca. Incluso, aunque los conociera, se quedaría estupefacto.

— Imagino que mi hermano conoció su secreto y por eso dio la orden de matarlo.

— Justamente. No sé cómo lo averiguó ni tampoco importa mucho,

pero vino a decírmelo. Éramos muy amigos y confiaba en mí.

— O sea que lo oyó a otros.

— En efecto — confirmó Kozlitch.

— Y creyó que usted le ayudaría... y en lugar de ello, lo que hizo fue dirigirle a la muerte.

— Así fue, aunque no en aquel momento. Yo tenía que evitar que sospechasen de mí.

— Por eso, hipnotizó a tres hombres y les ordenó dar muerte a Jimmy.

Kozlitch sonreía de una manera extraña.

— Lo peor de todo, para usted, claro, es que no va a poder repetir a nadie lo que sabe—dijo.

— Puesto que su hipnosis ha fallado, ¿qué arma piensa usar, doctor?

— La tengo yo, abogado — dijo de pronto Ivonne Kozlitch, a espaldas del visitante —. Es una pistola vulgar y corriente, incluso anticuada, pero aún funciona.

— Y tiene silenciador — añadió el médico en tono perverso.

Vyavaz calló unos instantes. Kozlitch empezó a moverse para salir de detrás de su mesa.

— Dame el arma, Ivonne — pidió —. Ve preparando mientras nuestros propulsores individuales. Llevaremos el cuerpo de este entrometido adonde no puedan encontrarlo jamás.

— Sí, Basil — contestó la mujer.

Alargó el brazo, pero, de repente, alguien la empujó violentamente por detrás.

Ivonne chilló. El golpe, sorprendiéndola por completo, le hizo accionar el gatillo involuntariamente.

Se oyó un sordo bufido. El arma vomitó un proyectil y Kozlitch se llevó ambas manos al pecho.

Vyavaz saltó a un lado. Bralla había agarrado a la mujer por la cintura y con la otra forcejeaba para quitarle la pistola.

Ivonne luchaba como una poseída. El arma cayó al suelo, pero, de repente, dio un tremendo empellón al sargento y consiguió desasirse.

Vyavaz saltó hacia ella. Ivonne le asestó un golpe de increíble potencia, que lo arrojó hacia atrás. Luego, antes de que los dos hombres pudieran detenerla, echó a correr y se lanzó con terrible ímpetu hacia la ventana.

Los vidrios estallaron sonoramente. Ivonne cayó al otro lado, rodó sobre sí misma un par de veces y luego, con suma agilidad, se puso en pie.

Bralla corrió hacia la ventana, con la pistola en la mano. Lo que vio le hizo dudar de sus sentidos.

Ivonne Kozlitch corría con la velocidad de un pura sangre al galope. Antes de que el atónito sargento pudiera hacer nada, Ivonne desapareció en la oscuridad de la llanura.

Vyavaz se incorporó. Bralla se volvió hacia él:

— ¿Está bien, señor? — preguntó.

Vyavaz hizo un gesto afirmativo. Luego bajó la vista hacia el cuerpo que yacía en el suelo.

Kozlitch había dejado de moverse. Bralla parecía consternado.

— Lo siento infinito, señor — se disculpó —. Dar un empujón a la señora Kozlitch me pareció el mejor procedimiento para sorprenderlos y contraatacar. Pero a ella se le disparó el arma y...

— Salvo por lo que todavía podría habernos dicho, no hay demasiado que lamentar—contestó el joven—. Lástima que no conozcamos a sus cómplices, aunque quizá lo consigamos si atrapamos a la señora Kozlitch.

— Hablaré con el jefe Farthiss — dijo Bralla—. A pie, sin equipo y sin provisiones, esa mujer no puede ir muy lejos.

— La señora Kozlitch no es un ser terrestre. Ignoramos si tendrá escondido algún aparato en las inmediaciones... pero, de todas formas, vale la pena intentar su captura. De momento, antes de llamar al jefe Farthiss, vamos a ver si encontramos algún documento que nos permita conocer a los demás cómplices de Kozlitch.

Fue un trabajo estéril. En la casa de Kozlitch no había nada que no hubiera en cualquier otro lugar semejante.

* * *

Los rostros de las personas que componían el auditorio expresaban claramente la gravedad de la situación.

— Ahora ya sabemos que «Él» era el jefe de un grupo invasor de Harramond—dijo Kitty al día siguiente, una vez enterada de todos los sucesos —. Pero un hecho semejante no se consuma sin colaboradores. ¿Quiénes son? ¿Dónde están? Ése es el problema que debemos resolver con urgencia.

— No conocemos más que a dos: su esposa y el que está en el cementerio — manifestó Mored.

— Y tiene que haber alguno más — habló Lola en tono pensativo.

— Quizá — sugirió Vyavaz—, Kozlitch no era «Él».

Kitty le miró con curiosidad.

— ¿Crees que pueda ser otro? — preguntó.

— Es muy posible. Kozlitch desempeñaba en Villex un papel relativamente secundario, aunque no sin importancia. Como médico, podía hacer muchas cosas que le ponían al abrigo de toda sospecha, pero tengo la sensación de que no era la persona adecuada para dirigir una operación de tanta envergadura como era la conquista de Harramond.

— En tal caso, ¿quién es «Él»?

Vyavaz inspiró con fuerza.

— Creo que no vamos a tener otro remedio que preguntárselo a un difunto — contestó.

— ¿Eh? ¿Te has vuelto loco, Tony? — exclamó.

Mored pegó un salto en su asiento.

Kitty extendió una mano.

— Creo que no — dijo —. Opino que Tony tiene algo importante que sugerir. ¿Me equivoco?

— No, no se equivoca — confirmó Vyavaz. Sonrió a la vez que continuaba hablando —: ¿Alguno de ustedes ha visto una de esas películas de terror en donde se ve a un grupo de personas en torno a una tumba a las doce de la noche, mientras un par de operarios desentierran un ataúd a la luz de unos faroles de petróleo?

Kitty se estremeció.

— ¡Tony! ¿Acaso piensa desenterrar a... a Ows?

— Exactamente.

— Pero las autoridades de Villex...

Vyavaz carraspeó.

— Señoría, le ruego extienda un mandato judicial de exhumación de los restos del llamado Peter Ows, cosa, por otra parte, perfectamente legal, ya que entra en sus atribuciones como juez de este caso criminal.

— Es verdad — admitió ella —. Sí, firmaré ese documento. ¿A qué hora iremos al cementerio?

Vyavaz sonrió.

— Bueno, yo hablé de la medianoche y de unos faroles, para dar ambiente a mi sugerencia — contestó—. En realidad, lo que nos interesa es sacar de su tumba el cuerpo de Ows.

— Sí — convino Mored —. Pero está muerto...

— Está muerta su mitad. La otra mitad sigue con vida.

— ¿Y cómo le hará hablar? — preguntó Kitty, ardiendo de curiosidad.

Vyavaz se encogió de hombros.

— No tengo la menor idea — respondió —. Pero ya encontraré un medio para hacerle saltar de su ataúd.

* * *

El grupo de personas se congregó alrededor de la tumba después de mediodía. Asistían Quill y Farthiss, pero Kitty, a indicación de Vyavaz, se negó a que acudiese más gente.

Vyavaz, Mored y Bralla se turnaron en cavar la tierra. La operación era contemplada con ansiedad por todos los presentes, entre los que figuraban también los testigos jurados.

El ataúd quedó finalmente al descubierto. Varios pares de brazos lo izaron al suelo y lo cargaron después en la plataforma de un pequeño camión.

La comitiva emprendió el camino de regreso a Villex. El ambiente era cálido, bochornoso.

El féretro fue trasladado a la casa deshabitada del doctor Kozlitch. Una vez en su sitio, Vyavaz desclavó la tapa y el cuerpo de Ows quedó al descubierto.

Vyavaz puso los dedos en su mejilla. Una leve sonrisa se formó en sus labios, mientras Kitty hacía un instintivo gesto de repugnancia.

— Lo que suponía — dijo—. No tiene la temperatura de una persona en buen estado de salud, pero tampoco se advierte en él frialdad cadavérica.

—Yo que significa que está aletargado — apuntó Mored.

— Más o menos — admitió el joven —. Ahora viene lo bueno. ¿Cómo lo despertamos?

Hubo un momento de silencio.

Luego, Kitty dijo:

— No creo que consigamos nada. Ows está bajo la influencia mental de un hombre ya muerto. Probablemente, no despertará jamás... porque el que tendría que despertarlo ya no está en condiciones de dar contraorden.

La consternación se apoderó de todos los presentes.

— Así pues, morirá — dijo Ada.

— Casi seguro por inanición — contestó Kitty —. Quizá vive más que otra persona en sus condiciones, pero yo estimo que, inexorablemente, acabará por morir.

— Y entonces sí que podremos afirmar que se llevó sus secretos a la tumba — dijo Mored con lúgubre acento.

Vyavaz fijó sus ojos en el rostro de Ows. ¿Moriría el individuo sin haber hablado?

Capítulo XIII

Las horas transcurrían lentas, tediosas. La estancia se había quedado vacía a excepción de dos personas: Vyavaz y Kitty.

Vyavaz tenía la vista obstinadamente fija en el ataúd, donde Ows reposaba con las manos cruzadas sobre el pecho. Hacía mucho rato ya que había anochecido.

El silencio era absoluto. Vyavaz esperaba algo. No sabía definirlo, pero tenía la seguridad de que algo iba a suceder antes de que acabara la noche.

De repente, creyó oír un levísimo crujido no lejos del cuarto.

Vyavaz abandonó en el acto su postura lánguida. Alargó la mano y tocó el hombro de la joven.

Kitty estaba adormilada y reaccionó con rapidez. Vyavaz se puso unos dedos en los labios para indicarle silencio.

Ella asintió. Vyavaz se puso en pie y le señaló el biombo.

Los dos jóvenes se escondieron sin hacer el menor ruido. Pasaron algunos segundos.

El pestillo chasqueó levemente. Con ojos fascinados, Kitty contempló el lento giro del pomo de la puerta.

Luego, alguien abrió muy despacio. La puerta permaneció así unos segundos, pero el recién llegado acabó por cruzar el umbral y se acercó al féretro.

Vyavaz no se sorprendió en absoluto. Le pareció muy lógico que Ivonne Kozlitch hubiera regresado a su casa. Incluso encontró natural que sacase un largo estilete de acero, que brilló un segundo bajo la luz de la lámpara.

Kitty ahogó un grito de terror. Ivonne dio dos pasos en sentido lateral y levantó el brazo armado.

Una mano de dedos de hierro sujetó de repente su muñeca.

— Deje vivir a Ows, señora Kozlitch — pidió Vyavaz en tono frío—. Nos interesa mucho que hable... a menos que prefiera hacerlo en su lugar.

Ivonne le dirigió una mirada llena de odio, escorzando la cabeza por encima del hombro. Quiso soltarse, pero Vyavaz, prevenido, aumentó la presión de sus dedos.

— ¿Hablará voluntariamente, señora, o prefiere que se lo pidamos de un modo oficial? — preguntó el joven.

— Se lo ordeno yo — dijo Kitty, apareciendo de repente.

— No reconozco su autoridad — contestó Ivonne con desprecio—. Ustedes no significan nada para mí.

— Claro, sólo somos unos miserables terrestres — sonrió Vyavaz —.

¿De dónde proceden ustedes, señora?

— Tony, eso es lo de menos por ahora — le interrumpió Kitty—, Lo que nos interesa es conocer el nombre de sus cómplices.

— No hablaré — insistió la mujer.

Vyavaz hizo un movimiento seco con la mano y la muñeca de Ivonne se torció de repente. Ella gritó, mientras el estilete caía al suelo.

— Tony, si Ivonne quería matar a Ows, es que hay posibilidades de hacerle revivir — dijo Kitty muy excitada.

— Sí, lo mismo pienso yo, y espero que la señora Kozlitch tenga la amabilidad de decimos el procedimiento por el cual se puede despertar a Ows.

— Está sujeto a hipnosis. Nadie lo puede despertar — declaró la aludida.

— Entonces, no tendría sentido matarlo — sonrió Vyavaz—. Vamos, señora, no nos haga nuestra labor más difícil de lo que ya es.

Ivone dudó un momento.

— Suélteme — pidió al cabo.

— De acuerdo, pero si intenta algo...

Vyavaz no pudo seguir hablando. Ivonne le golpeó con tremenda fuerza, arrojándole contra el biombo, que se desplomó estrepitosamente.

Kitty chilló. Ivonne se arrojó sobre el puñal, pero la joven tuvo la serenidad suficiente para golpearlo con el pie, lanzándolo al otro extremo de la habitación.

Vyavaz consiguió desenredarse al fin y se puso en pie. Ivonne vio la partida perdida y se arrojó contra la puerta.

No se molestó en abrirla siquiera. Hubo un estallido de maderas y la mujer pasó sin apenas dificultad al otro lado.

Vyavaz se quedó atónito.

— ¡Es una mujer de hierro!

Pero casi en el acto reaccionó y se precipitó tras ella.

Ivonne corría ya por la trasera del edificio. Salió al exterior, perseguida de cerca por Vyavaz. Sin embargo, la mujer ganaba terreno con toda facilidad.

Venciendo su repugnancia, Vyavaz decidió acudir al último recurso.

— ¡Alto! — gritó —. ¡Párese o disparo!

Tenía la pistola en la mano y apuntó bajo, a fin de herirla en las piernas. De súbito, un hombre surgió en la esquina de una de las últimas casas de Villex.

El hombre, cuyo rostro aparecía en la penumbra, estaba también armado, con una pistola de grueso cañón. Apuntó hacia la fugitiva y disparó.

Casi en el acto se produjo un vivísimo relámpago, seguido de una

fenomenal explosión. El cuerpo de Ivonne quedó despedazado en el acto.

Vyavaz se tiró al suelo y disparó varias veces contra el sujeto. El último de sus disparos produjo un ruido metálico, casi musical.

El arma voló de las manos del desconocido. Vyavaz se puso en pie y corrió hacia él, aullando como un poseso, a la vez que hacía fuego sin parar.

El individuo se amedrentó y dio media vuelta. Cuando Vyavaz alcanzó la esquina, había desaparecido.

El joven se detuvo, perplejo, sin saber adónde acudir. Delante de él tenía una larga hilera de casas, de análoga factura, además de varios edificios de gran tamaño, destinados a almacenes.

Kitty gritó de pronto su nombre,

— ¡Tony, Tony!

El joven se volvió.

— No se preocupe — dijo —. Estoy bien.

Ella le alcanzó, jadeante y sin aliento.

— He oído una terrible explosión...

— Ivonne Kozlitch ha muerto — informó él sombríamente—. Alguien le disparó un proyectil de alto poder expansivo.

Kitty miró a los lados. No lejos de allí divisó numerosas manchas de sangre, esparcidas en un amplio espacio.

Vyavaz se inclinó y recogió la extraña pistola, cuyo cañón, de sólo unos diez centímetros de longitud, tenía, en cambio, tres de calibre.

El joven se estremeció. La culata del arma contenía tres proyectiles más, cuya sola vista le hizo sentir pánico.

— Regresemos — dijo.

Se encendían algunas luces en las casas cercanas. Los ruidos habían despertado a la gente.

* * *

Quill y Farthiss se sentían consternados.

— «Él» sigue con vida todavía — dijo Vyavaz—. Opino que deben permitir que el sargento Bralla investigue para dar con su paradero.

— No hay inconveniente — accedió el alcalde.

— Le ayudaré todo lo que pueda — se ofreció Farthiss.

— Entonces, no perdamos más tiempo — dijo Bralla —. Cuanto antes, mejor, J. P.

Los dos hombres salieron de la estancia. Quill estaba pálido, casi mareado.

— Informaré al gobierno de lo que está sucediendo aquí— manifestó —. Puesto que hay seres extraterrestres, creo que debo pedir que envíen

alguien con más autoridad que la mía para que tome las decisiones convenientes.

El alcalde se marchó. Vyavaz quedó en el cuarto con Kitty, Mored, Lola y Ada Varilia.

Ows continuaba en la misma postura. Vyavaz, nervioso, cerró el puño y golpeó con él la palma de la mano derecha.

— Pero ¿es que no vamos a poder despertarle? — masculló.

— ¿Y si se desdobla al volver en sí? — dijo Lola, aprensiva.

Las palabras de la muchacha causaron un escalofrío general.

— Aguarden un momento — dijo Ada—. Creo que tengo la solución.

Todos la miraron con interés. Ada buscó con la vista por el cuarto.

— Necesitaría unos metros de cable, una conexión y un micrófono — añadió —. Ah, también una pila de pequeño voltaje.

— Tengo la de mi lámpara, doctora — manifestó Vyavaz.

— Profesora, no doctora — sonrió Ada —. Recuerde, soy geólogo, no médico. Pero creo que mi idea dará resultado.

Mientras Vyavaz y Mored buscaban los elementos pedidos, Ada abrió un armario con elementos de cura y extrajo un rollo de cinta adhesiva. Luego buscó una navaja de afeitar, con la que rasuró las sienes de Ows.

Los dos hombres volvieron minutos más tarde.

Ada trabajó con destreza. Primero quitó el aislante de los extremos del cable, separando los dos hilos cosa de medio metro. Los extremos, sin aislante, quedaron sujetos a las sienes de Ows por medio de sendos trozos de cinta aislante.

Luego hizo dos empalmes más: uno a la pila de la linterna de Vyavaz y otro, central, al micrófono que había pertenecido a una grabadora de trabajo del médico. Al terminar, miró a los presentes y sonrió.

— Espero que dé resultado — dijo.

Vyavaz hizo un gesto de asentimiento.

— A fin de cuentas, la hipnosis, considerada desde el punto de vista físico, no es sino la imposición de un cerebro de mayor potencial eléctrico sobre otro que lo tiene menor.

— En efecto — corroboró la geólogo —. Por eso confío en mi plan.

Se acercó el micrófono a la boca y dijo:

— Despierte, Peter Ows. Se lo ordeno, despierte inmediatamente.

Kitty contenía el aliento. Ada dejó pasar unos instantes y repitió la orden:

— Despierte, Ows, despierte... Despierte...

De repente, el cuerpo de Ows sufrió un ligero estremecimiento.

Lola lanzó un grito. Ada tapó el micrófono con la mano y exclamó:

— ¡Silencio, por favor!

Mored agarró a la muchacha por el brazo, como para darle ánimos.

Lola estaba palidísima.

— Despierte, Peter Ows — insistió Ada —. Queremos hablar con usted. ¡Despierte! ¡despierte!

Los ojos del supuesto cadáver se abrieron poco a poco.

— ¿Qué... quieren de... mí? —preguntó con voz lenta y un tanto torpe.

Ada miró a Vyavaz. El joven movió la cabeza y alargó la mano hacia el micrófono que le tendía la atractiva profesora.

— Ows — dijo el joven —, sabemos que está vivo. Sabemos que fue desdoblado, pero usted no murió cuando murió su doble, porque estaba prevenido. Ahora se encuentra usted «fundido» con su doble... pero ni el doctor Kozlitch ni su esposa viven ya para volverle a su apariencia normal. ¿Ha entendido lo que le he dicho?

— Sí — contestó Ows.

— En tal caso, colaborará con nosotros... ¡o le volveremos a la tumba, donde morirá allí de hambre y de sed, sin que nadie lo despierte de su sueño letárgico!

— ¡No! — aulló el durmiente—. ¡No quiero volver a la tumba!

— Entonces, hable — le ordenó Vyavaz—. Ows, díganos usted quién es «Él».

Hubo un momento de silencio. Ows tenía los ojos abiertos, pero daba la sensación de no ver nada. Su estado de letargo era claramente perceptible para todos los presentes.

— ¡Hable, Ows! —exclamó el joven—. Le ordeno conteste a mi pregunta.

— Es... se llama... Finnic, Finnic...

Vyavaz abrió la boca, atónito.

— El jefe de Comunicaciones — exclamó Kitty.

— Cosa completamente lógica, si se piensa en las interferencias que sufrió la astronave que mandaba el capitán Köln — dijo Mored.

— De modo que Finnic es el jefe de todos ustedes — habló Vyavaz nuevamente.

— Sí — confirmó Ows.

— ¿Para qué? ¿Con qué objeto?

— Y pretenden conquistar Harramond.

— Tenemos que conquistarlo... antes de que lleguen ellos...

— ¿Ellos? — repitió Vyavaz—. ¿Quiénes son «Ellos», Ows?

El durmiente abrió la boca, pero no llegó a decir nada.

Súbitamente, su cuerpo empezó a aumentar de volumen. Una increíble dilatación se produjo en todo su organismo.

Las costuras de la ropa saltaron. La cara de Ows sufrió una horripilante deformación.

Las mujeres chillaron. Llenas de pánico, huyeron a la carrera.

Mored lanzó un grito:

— ¡Ven, Tony!

El joven retrocedió paso a paso, sin dejar de contemplar el monstruoso fenómeno que se producía en el ataúd. De repente, se oyó un sordo estallido, como el de una gigantesca bolsa de papel llena de agua al caer al suelo, y el cuerpo de Ows se convirtió en mil repugnantes pedazos.

Capítulo XIV

Vyavaz buscó licores en la sala. Todos tomaron una o dos copas. Lo estaban necesitando y el joven más que nadie, pues había permanecido hasta el final en la habitación donde yacía Ows.

Kitty estaba derrumbada en un sillón. El aspecto de Lola McGear no era mucho mejor.

Ada parecía algo más animada, aunque tenía la cara blanca como el yeso.

— Creo que no fue una buena idea — dijo con voz débil.

— Todo lo contrario, profesora — aseguró Vyavaz—. Gracias a ello, conseguimos que nuestra voz se proyectara en el cerebro de Ows con un potencial eléctrico superior al de la mente que le ordenó dormirse, tras haberse integrado en el cuerpo de su doble.

— Sí, pero vaya un espectáculo que nos ha dado — masculló el fiscal —. No comprendo cómo pudo suceder una cosa así.

— Probablemente — opinó Vyavaz —, llegó a despertar, pero estaba todavía sujeto al cuerpo de su doble y quiso salir sin ayuda.

— O fue la reacción de su propio organismo al hallarse «contenido» en otro de análogo volumen, pero ya muerto — apuntó la profesora.

— Una especie de rechazo biológico, ¿no? — dijo Kitty.

— Más o menos. En estado letárgico, prácticamente muerto, no ocurría nada, pero cuando empezó a despertar, se produjo la catástrofe, quizá por el choque de cada célula viva con su pareja muerta. Lógicamente, se produjo una especie de explosión y...

Lola se tapó la boca con la mano.

— Profesora, por favor — rogó, con la cara pálida.

Vyavaz sonrió.

— Será mejor que dejemos de mencionar asunto tan desagradable — indicó —. El caso es que ya sabemos quién es «Él».

Kitty le dirigió una mirada inquisitiva.

— ¿Piensa ir a buscarle, Tony? — consultó.

— Estoy aguardando a que regrese el sargento Bralla. Es un elemento tan valioso como peligroso ese Finnic.

— El autor de la catástrofe de la nave del capitán Köln — murmuró Ada—. ¿Por qué lo haría?

— Tiene relación con todo lo que ha ocurrido hasta ahora — afirmó Vyavaz —. En cambio, donde yo no hallo relación alguna es con la pirámide metálica de Pico Norbert.

— Que tu hermano la descubrió, no cabe la menor duda — manifestó el

fiscal—. Ahora bien, no pudo concluir su descubrimiento porque murió. Pero ¿por qué no lo hizo público?

—Probablemente no tuvo tiempo — contestó Vyavaz.

— ¿Y cómo se explica que llegase hasta allá arriba? — preguntó Kitty.

— Muy sencillo: estaría realizando algún trabajo topográfico. Era el jefe de estos servicios en Harramond. Posiblemente, vio un trozo de la pirámide que quedaba al descubierto y quizá pensó en volver para desenterrarla por completo. No olvidemos que tuvo que ver un trozo de superficie metálica lisa, lo que no se podía confundir en modo alguno con un accidente de la Naturaleza. Tomó nota del lugar donde había hecho su descubrimiento... y ya no pudo volver.

Kitty asintió.

— Sí, así debió de ocurrir — concordó —. Pero ¿qué significaban esos extraños círculos concéntricos que nacían del vértice de la pirámide?

— Yo me he forjado una hipótesis. Es un poste de señales — dijo Vyavaz.

— ¿Qué? — exclamó Mored—. ¿Tratas de decirnos que esos círculos de colores eran señales hechas a...?

Mored se interrumpió. No sabía qué más decir.

— A alguien que vive muy lejos de aquí—añadió Lola por él.

— Sí, justamente, aunque desconocemos quiénes puedan ser esas personas — confirmó Vyavaz —. A mí me da la impresión de que la pirámide es un radiofaro, faro espacial, estaría mejor dicho, y que, al liberarla de la capa de tierra y rocas que la cubría, la hemos puesto en funcionamiento. Alguien captó las señales emitidas y un día aparecerá por Harramond.

Todos se estremecieron.

— Tal vez... los compañeros de Finnic — aventuró Kitty.

Vyavaz negó con la cabeza.

— No, no pueden ser — rechazó la sugerencia —. Ows lo dijo bien claro: tenían que conquistar Harramond antes de que llegasen «Ellos».

Mored se pegó un golpe en la frente.

— ¡Cielos, lo que nos faltaba! — se lamentó—. ¡Un tercero en discordia...!

El sargento Bralla entró en aquel momento.

— Parece que estén en un velatorio — comentó de buen humor.

— Casi, casi — mascculló Mored.

— Ows ha muerto — declaró Kitty.

— Ah — murmuró el sargento —. Lo siento, señorita Hennan, pero no he encontrado el menor rastro del asesino de la señora Kozlitch.

— Eso no importa ahora, Bralla — dijo Vyavaz—. Ya conocemos su identidad.

Bralla fijó su mirada en el joven.

— Interesante — observó —. ¿Qué piensa hacer, señorita Hennan?

— Usted acompañará al señor Vyavaz — respondió Kitty —. Les concedo autoridad para detener a Finnic.

Mored dio un paso hacia delante.

— Creo que yo también debo ir — manifestó.

— Muy bien — dijo Vyavaz—. Entonces, no perdamos más tiempo. ¡En marcha!

* * *

El centro de Comunicaciones estaba desierto, a excepción del operador de guardia.

— ¿El Jefe Finnic? — contestó el hombre, cuando le hicieron la pregunta—. Estará en su casa, supongo; éstas no son horas de andar levantado por ahí, a menos que se tenga trabajo. Y él no lo tiene...

— ¿Está casado? — preguntó Bralla.

— No, aunque andaba revoloteando alrededor de cierta viudita que...

— No nos interesan los chismorreos — cortó Vyavaz bruscamente —. Díganos dónde vive, eso es todo.

El operador facilitó la información. Los tres hombres abandonaron la estación en seguida.

— Iremos uno por cada lado, cuando estemos a punto de llegar a su casa — dijo Vyavaz.

De pronto, vieron a un hombre que caminaba por la calle. Vyavaz notó algo raro en el individuo.

— ¿Qué le pasará a Carmel? — murmuró.

— Era el encargo del laboratorio de Villex — dijo Bralla.

Vyavaz cerró el paso al sujeto.

— ¡Carmel! ¿Adónde va usted? — preguntó.

El hombre le miró con gesto inexpresivo.

— Va a celebrarse una reunión extraordinaria del consejo municipal — contestó—. El alcalde Quill nos ha citado a todos, debido a la urgencia del caso que piensa presentar a la asamblea.

— Ah — dijo Vyavaz, y permitió que Carmel siguiera adelante.

Momentos después, llegaban a la casa de Finnic.

Vyavaz se mordió el labio inferior.

— No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no lo vamos a encontrar ahí — dijo.

Bralla sacó su pistola.

— Vamos a comprobarlo — declaró, decidido.

Momentos después, entraban en la casa.

A Vyavaz no le extrañó en absoluto encontrarla vacía. Los otros, en cambio, se llevaron una gran decepción.

— ¿Dónde diablos se habrá metido? — masculló el fiscal.

Empezó a mirar por todas partes. Pero no encontró rastro alguno que le permitiese formarse una hipótesis razonable del lugar en que se hallaba Finnic en aquellos momentos.

Pasó por delante de un espejo y volvió la cara maquinalmente para mirarse. En el mismo instante, vio que Bralla le apuntaba con la pistola.

El instinto le hizo agacharse. Bralla disparó y la bala rompió el espejo.

Vyavaz se abalanzó sobre el sargento, antes de que pudiera repetir el tiro, y lo derribó de un tremendo puñetazo. Recogió el arma y se volvió para comentar el caso con Mored, pero no llegó a decir nada.

Mored estaba sentado en un sillón, con la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados. Vyavaz se desconcertó un momento, pero no tardó en intuir las causas de aquella extraña actitud.

La mente de Finnic había entrado de nuevo en acción, pero ¿cómo podía sugestionar a dos hombres a distancia, sin verlos siquiera?

* * *

Las luces del edificio estaban encendidas. Vyavaz avanzó con grandes precauciones, pistola en mano, y empujó la puerta.

Había una veintena de hombres, sentados en sus asientos, en torno a una larga mesa. Todos estaban dormidos.

Vyavaz reconoció al alcalde, a Farthiss y a Carmel entre los presentes. Un escalofrío le hizo estremecerse de pies a cabeza.

«¿Por qué estaban todos dormidos?», se preguntó.

Creyó notar cierta presión en su mente, como si tuviese la cabeza cargada. En aquel instante, tuvo la sensación de que alguien luchaba cerebralmente en su favor.

Todos los componentes del municipio de Villex estaban dormidos, sujetos a hipnotismo, seguramente bajo las órdenes de Finnic. Esto explicaba el atentado de Bralla y el sueño de Mored.

Pero ¿y él? ¿Por qué no había caído bajo sugestión?

«Las explicaciones, después», se dijo.

Abandonó el edificio y corrió a la casa de Kozlitch.

Las mujeres estaban también dormidas, aunque no parecían haber sufrido daños físicos. Tras unos segundos de reflexión, Vyavaz, sin soltar la pistola, corrió de nuevo a casa de Finnic.

Empezaba a clarear. Vyavaz entró con grandes precauciones.

Bralla y Mored continuaban en la misma postura. Vyavaz concibió una idea en aquel momento.

Buscó un sillón, se sentó y cerró los ojos, manteniendo la pistola oculta. Esperó.

Pasaron algunos minutos. Una puerta se abrió.

Finnic entró en la sala.

Sonrió.

— Levántense — ordenó —. Voy a acabar con ustedes.

Mored y Bralla se pusieron en pie. Vyavaz se quedó en su sitio.

— Usted también — dijo Finnic en tono imperativo.

— ¿Qué va a hacer con nosotros? — preguntó Vyavaz con voz que simulaba torpeza.

— Enviarlos al fondo del Cañón de Río Plata. No quiero que me molesten jamás.

Vyavaz abrió los ojos y sacó la pistola a relucir.

— En todo caso, irá usted—dijo.

Finnic respingó.

— Pero ¿qué diablos...?

— Lo siento, no estoy hipnotizado, a pesar de que usted ha creado una poderosa cadena de emisiones mentales con todos los componentes del municipio.

Finnic estaba atónito.

— No lo comprendo — confesó.

— Alguien lucha por mí. No sé quién es, pero le estoy muy agradecido. Finnic, aquí se han acabado sus crímenes. La conquista de Harramond ha fracasado.

— Todavía...

— No, no habría ya «todavía» para usted — dijo Vyavaz enérgicamente —. Son demasiados crímenes para que no se le tenga en cuenta a la hora de enjuiciarlo.

— ¡Pero vendrán «ellos»! — gritó Finnic.

— Les recibiremos, quienes quieran que sean. Finnic, lo que hizo usted con el capitán Köln y sus tripulantes es algo canallesco.

— No podía permitirles que aterrizasen. Sus descubrimientos echarían a perder nuestros planes.

— Aún no los conozco. ¿Cuáles son, por favor?

— Harramond es un centro privilegiado de comunicaciones. Quien lo posea obtendrá numerosas ventajas en todos los sentidos. La mayor parte de las líneas de fuerza espaciales, a través de las cuales se mueven las astronaves, confluyen y parten de aquí.

— Sí, ya he oído algo; una especie de encrucijada en el Universo.

— Justamente; y todo el que quiera viajar, en miles de años luz a la

redonda, tendrá que contar con nosotros.

— Es un descubrimiento que los terrestres no habíamos hecho, pero no creo que hagamos mal uso de él, como, sin duda, pretendían ustedes. ¿De dónde provienen, Finnic?

— Eso no le importa — masculló el aludido. De pronto, lanzó una exclamación —: Ya sé por qué no está bajo hipnosis.

— ¿De veras? — sonrió Vyavaz —. Explíquese, por favor.

— Hay tres hombres que han concentrado sus esfuerzos mentales en formar una especie de aislante en tomo a su cerebro. Es una lástima que me haya olvidado de ellos.

— Son unos buenos muchachos y, seguramente, quieren ayudarme, para conseguir su declaración de inocencia, aparte de que desean que se haga justicia. Siempre les estaré agradecido por lo que han hecho en mi favor.

Los ojos de Finnic centellearon de ira.

— Pero siempre hay un medio de acabar con... — empezó a decir, a la vez que metía la mano en el interior de su camisa.

Vyavaz apretó el gatillo. Finnic se tambaleó. Un hilillo de sangre empezó a correr por su cara, desde el agujerito que el proyectil había abierto en su frente.

La expresión de ira de Finnic fue sustituida por una de asombro. De pronto, cerró los ojos y se vino de bruces al suelo.

— ¡Maldita sea! — dijo Mored —. Mira que dormirme de pie...

* * *

Los tres hombres salieron de la casa. Bralla lanzó de repente un agudo grito:

— ¡Miren lo que se nos echa encima!

Vyavaz se quedó atónito. Una gigantesca astronave, casi tan grande como la ciudad, descendía lentamente de las alturas.

— Ahí vienen «ellos» — murmuró.

Y se sintió abrumado, porque si los que venían abrigaban intenciones hostiles, la defensa resultaría imposible.

No tardaron en desembarcar unos individuos, vestidos extrañamente, pero con lujo. Vyavaz creyó su deber salir al encuentro de los recién llegados.

— Soy Noramul, comandante de la astronave — dijo uno de ellos, a la vez que le tendía la mano en gesto amistoso—. Celebramos que, por fin, hayan llegado a este planeta.

— ¿Cómo? — respingó Vyavaz—. Pero si ya se ocupó hace decenas de años...

— Hemos recibido la señal en Bortswor, que es de donde procedemos nosotros — manifestó Noramul—. ¿La enviaron ustedes?

Vyavaz reflexionó unos momentos.

— Venga conmigo, comandante Noramul — sugirió—. Tenemos mucho que hablar.

— Será un placer — aseguró el forastero.

* * *

Mientras se dirigían a la astronave que los devolvería a la Tierra, Vyavaz, asido a uno de los brazos de Kitty, dijo:

— Noramul está ahora conferenciando con las autoridades de Villex, pero lo explicó todo. Por lo visto, la aguja era una antena, que fue colocada aquí hace unos dos mil años. Algún terremoto la sepultó y dejó de emitir. Nosotros la descubrimos y la pusimos de nuevo en funcionamiento. Entonces, en Bortswor comprendieron que, al fin, otros seres humanos habían llegado a Harramond.

— ¿A qué distancia está Bortswor? — preguntó Lola, que represaba a la Tierra con ellos.

— Unos doscientos cincuenta años luz. Noramul se siente muy satisfecho de la forma en que se desarrollan aquí las cosas y dijo que habría sido una lástima que Harramond hubiese caído en manos de unos desaprensivos.

— Sí, pero no te explicó por qué cambiamos de época al golpear la aguja — se quejó Kitty.

— Estás equivocada. La intensidad de la señal fue excesiva y provocó una transposición de las ondas temporales, que se corrigió con otra señal, análoga, pero inversa.

— Ahora lo entiendo Pero falta saber cómo llegó Kroptor hasta la Tierra

— Estaba allí desde hacía mucho tiempo Hay más cómplices de Finnic, pero los descubriremos. El buen sargento Bralla ha encontrado documentos muy interesantes en casa de Finnic. Estaban muy bien escondidos, aunque Bralla ha demostrado ser un sabueso de una pieza.

Kitty se volvió. Bralla venía tras ellos, hablando muy animadamente con Ada, la cual, a su vez, parecía sumamente complacida de la compañía del sargento.

Más tarde, cuando la nave empezaba a elevarse, Kitty contempló el caserío de Villex, que disminuía de tamaño con gradual rapidez.

— En el año 2710, Villex será una ciudad muerta y abandonada.

— Habremos avanzado mucho más a través de la Galaxia. Villex habrá perdido su importancia dentro de seis siglos.

— Y un viajero perdido vendrá a morir aquí — dijo Kitty melancólicamente, al acordarse de Grayson.

— Será su destino — contestó él —. Es algo que no podemos evitar, como tampoco podemos evitar nuestro destino... aunque sí modificarlo en parte.

— ¿Tú crees? —preguntó Kitty.

— Sí. Mi destino hubiera sido muy diferente de no haberte conocido a ti.

Ella sonrió, ruborizada.

— Bueno, te ayudaré a seguir ese destino de la mejor manera posible — contestó.

FIN

Próximo título:

ATENTADO EN EL ESPACIO

por

LAW SPACE

¡El peligro les acechaba, agazapado en las tinieblas exteriores... y también en el interior de ellos mismos!

BOLSILIBROS TORAY



OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



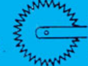
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.